
SS
SERVICIO SECRETO
KEITH LUGER
EL PINGÜINO ASESINO

KEITH LUGER

El pingüino asesino

1.ª EDICIÓN
OCTUBRE 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera Proyecto, 2 - Barcelona



El pingüino asesino

por KEITH LUGER

CAPÍTULO PRIMERO

Anna Shelley comprobó que sus dientes habían quedado limpios y guardó el tubo de pasta y el cepillo en el armario que colgaba junto al espejo. Se arregló el cabello y al terminar con el último bucle rubio se dio cuenta de que sus ojos estaban enrojecidos. La culpa era de aquellos tres *whiskys* dobles que había bebido en compañía de Tony.

Si al menos hubiesen servido para algo, pensó. Pero no. Tony se mostró peligrosamente exigente. ¿Qué creía Tony que era ella? Bueno, quizá fuese mejor no contestar a esa pregunta. Más… ¡por su tía Eugenia que le había probado sufría un gran error! Otros, antes que Tony, se habían llevado el chasco. Era cierto que su palmito no lo tenían muchas chicas, que sus curvas ya las quisieran para sí muchas actrices de Hollywood y que sus pupilas poseían destellos de picardía, pero… ¿le atañía alguna responsabilidad por ello? Por lo visto los hombres eran reacios a admitir la posibilidad de que una mujer bonita se ganase la vida honradamente en una gran ciudad. Eso es, los hombres creen que porque una rubia atractiva acepte tres *whiskys* dobles están en el derecho de exigir algo a cambio… ¡por su tía Eugenia que se alegraba de haber propinado a Tony aquella bofetada!

Bueno, ¿para qué calentarse la cabeza a las doce de la noche?

Apagó la luz del cuarto de baño y pasó al dormitorio. Se quitó el batín rosa y se acercó a la cama. Al retirar el embozo oyó un ruido procedente del *hall*. No era cobarde y salió de la habitación. Dio la vuelta al conmutador y vio un sobre azul que indudablemente acababan de introducir bajo la puerta.

Era una hoja con el membrete del hotel Excelsior. El texto lo habían escrito con una letra ancha e irregular. Decía así:

«*Querida Anna: Estoy avergonzado. No me juzgues por lo*

ocurrido esta noche. Sé que no merezco perdón, pero te suplico me concedas una oportunidad».

«*Anthony Kraft*».

¡Era Tony! ¡Tony que estaba arrepentido de lo que había provocado su indignación!

Con una sonrisa en los labios, dobló la carta, la introdujo en el sobre y guardó éste en el seno. Volvió al dormitorio, se acostó y apagó.

¿Qué estaría haciendo Tony? Probablemente pensando en ella, o preguntándose si daría resultado la carta que había echado bajo la puerta.

Anna decidió devolverle la tranquilidad. Era inhumano, cruel, que el muchacho pasase horas y horas víctima de la zozobra.

Encendió, se puso el batín y descolgó el teléfono.

—Póngame con el departamento 43, haga el favor.

A través del hilo le llegó el ruido de la clavija al ser colocada en el orificio correspondiente, y luego el zumbido de la llamada. Uno… dos… tres, ¿es que no lo oía Tony? Esperó un minuto sin resultado.

—Señorita Shelley —dijo el encargado de la centralita—, el señor Kraft no debe estar en su departamento.

—Está bien, gracias —repuso ella y colgó.

Paso a paso retornó junto a la ventana y miró una vez más los cristales iluminados. Del bolsillo del batín sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor.

Lanzó el primer chorro de humo por la boca y adoptó una resolución.

Cruzó el dormitorio y el *hall*, abrió la puerta, cuidando de sacar la llave, salió al pasillo y cerró. Cuando llegó ante el departamento de Tony pulsó el timbre. Transcurrieron treinta segundos. Volvió a llamar. Del interior tampoco partió ningún ruido. Puso la mano en el pomo y lo hizo girar al tiempo que empujaba la puerta. Ésta cedió.

—¡Tony! —exclamó, deteniéndose.

No hubo contestación.

—¡Tony! —repitió más fuerte.

Sintió un escalofrío y echó de menos uno de aquellos *whiskys*

dobles.

La puerta del dormitorio estaba cerrada y por el resquicio inferior se filtraba la luz.

Abrió y quedó paralizada en el umbral. Se llevó la mano a la boca, pero ello no impidió el que lanzase un grito de horror.

Tony se hallaba tendido en el suelo, boca arriba. La garganta era una masa informe de tejidos enrojecidos y la cuenca del ojo derecho estaba vacía. La sangre había corrido por pecho y piernas formando un gran charco en el piso. Todo el rostro, retorcido en una mueca monstruosa, parecía una máscara de Carnaval.

De repente algo se movió. Algo que estaba lejos del cadáver. Anna lo presintió más que lo vio. Giró rápidamente la cabeza y un par de ojos se clavaron en los suyos. Ella los cerró llevándose las manos a las sienes. Respiró entrecortadamente y entreabrió los párpados. Retrocedió dos pasos y los ojos también se movieron hacia ella. ¡No! ¡No era posible que fuese realidad…! Sintió náuseas. Le faltaban fuerzas para sostenerse de pie… Los objetos empezaron a dar vueltas, perdió la noción de todo y se desplomó.

CAPÍTULO II

Anna recobró el conocimiento sintiendo que le palmeaban las mejillas. Entre una especie de neblina vio el rostro de un hombre y poco a poco fue distinguiendo mejor sus rasgos. Era moreno, de ojos negros, nariz recta y boca de labios firmes. ¿Qué diablos hacía aquel desconocido en su departamento? Dejó que la ayudase a incorporarse y cuando estuvo de pie se percató de que había estado tendida en un diván y de que la habitación en que se encontraba no correspondía a ninguna de las suyas. En su cerebro se hizo un relámpago y todo volvió a aparecer iluminado, hasta los menores detalles. Se encontraba en el piso de Tony Kraft y la última vez que había visto a Tony… ¡por su tía Eugenia!

Emitió un chillido mirando la puerta del dormitorio en el que se hallaba el cadáver.

—¡El pingüino! —exclamó señalando con el índice.

El desconocido frunció el ceño.

—¿Qué dice?

—¡El pingüino…! ¡Estaba dentro… con él!

Anna tenía los ojos desorbitados. El hombre se acercó a ella, la cogió por los brazos y la zarandeó.

—¿Qué hace…? ¡Suélteme! —dijo la joven.

Él recibió el aliento de la rubia y arrugó la nariz.

—Ya entiendo… —dijo soltándola.

—¡Lo mató el pingüino! —siguió diciendo ella.

El desconocido chasqueó la lengua y murmuró:

—Conque el pingüino, ¿eh?

—Lo vi perfectamente, avanzó hacia mí y me desmayé…

—Con el alcohol que lleva en el estómago pudo ver ahí dentro a Winston Churchill quitando el polvo con una aspiradora…

—¡Le juro que es cierto!

—Escuche, hermana. He registrado el departamento hasta el

último rincón. No me he tropezado con ningún pingüino, ningún oso polar ni con ninguna foca… ¿Por qué no es buena chica y me cuenta todo lo que ha pasado?

Anna observó con más atención a su interlocutor.

—¿Quién es usted? —dijo explotándole las palabras en la boca.

El hombre hizo dos acentos circunflejos con sus cejas y repuso con voz indiferente:

—Ande, de comienzo a su historia.

—No sé a lo que se refiere.

—Ya me entiende. A lo que pasó entre usted y Kraft.

—¿Es de la policía?

Él hizo un gesto de cansancio.

—Todas preguntan lo mismo. La encuentro al lado de un hombre que ha muerto asesinado y… ¿qué quiere que haga? ¿La dejo y me voy, o nos marchamos juntos al Storck Club a celebrar nuestro encuentro?

Anna asintió con la cabeza.

—Está bien. Pero preferiría que preguntase usted. No me he visto nunca en un lío de estos…

—Corriente. Pero antes, cierre el escaparate. Hace fresco esta noche.

Anna dio un respingo, bajó la cabeza y comprobó que su batín estaba abierto mostrando gran parte de sus encantos. Mientras apretaba el cinturón, se preguntó de qué clase de material estaba hecho el sujeto que le daba un consejo tan desinteresado.

—¿Cómo se llama? —comenzó él el interrogatorio.

—Anna Shelley.

—¿De Nueva York?

—No, de Meawody, Indiana.

—¿Qué tiempo lleva aquí?

—Dos meses.

—¿A qué se dedica?

—Estoy empleada en la Compañía Metalúrgica del Este.

—¿Qué clase de trabajo?

—Secretaria del señor Towner, el director gerente…

—Una carrera meteórica —comentó él con una sonrisita.

—Tuve suerte —repuso Anna con una mirada de desafío—. Recién llegada, la Compañía publicó un anuncio en los diarios. La

antigua secretaria se casaba y necesitaban sustituta. Fui elegida entre veintisiete aspirantes…

—Cuente con mi voto si se presenta para *Miss* del Estado…

Anna enrojeció, fue a replicar, pero él hizo la siguiente pregunta:

—¿Cuánto le dan en esa compañía?

—Sesenta y cinco dólares a la semana.

—No está mal cuando se tiene el piso pagado.

Anna no pudo contenerse esta vez.

—¡Nadie me paga el piso, señor… señor…!

—Llámeme Martin.

—¿Necesita ser insolente para investigar un crimen?

—Estoy intentando mostrar mi extrañeza por el hecho de encontrarla en deshabillé en el departamento de un hombre, señorita Shelley… un hombre que ha muerto.

—¡Aún no hemos llegado a eso! —exclamó Anna con las pupilas relampagueantes—. Aquí vivía Anthony Kraft y yo me hospedo en el departamento 40, ¿lo sabe ya?

Martin lanzó un silbido y dijo:

—Con sesenta y cinco dólares a la semana se alberga en esta choza… No me diga que aún conserva la herencia de la abuelita…

—No, no le voy a decir eso, señor Martin… pero sí le diré que no vine a Nueva York con las manos vacías…

—De acuerdo, vamos a dejar eso. ¿Qué me dice de Kraft?

—A Tony le conocí hace un par de semanas… en el *hall*. Tropezamos, se disculpó y nos separamos. Al día siguiente estaba yo sola en la barra del bar y se me acercó. Me dijo que éramos casi vecinos y, bueno, entablamos conversación.

—¿Y luego?

—Empezamos a vernos con frecuencia. Cenamos un par de veces juntos y me llevó a bailar y al cine. Simples amigos, ya me entiende.

—¿Me quiere decir entonces cómo diablos se encontraba usted sin sentido y «así» en el dormitorio de Kraft?

—Esta noche Tony bebió algo más de lo debido y… se propasó. Tuve que darle una bofetada y dejarle plantado.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En el Club 45. Cenamos allí.

—¿A qué hora se reunieron y dónde?

—A las nueve y media en el propio club. Cuando yo llegué él me esperaba.

—¿Y a cuál se separaron?

—A las once. Recuerdo que miré el reloj a la salida.

—Bien, continúe.

—Regresé al hotel y hacia las doce menos cuarto Tony deslizó un sobre bajo mi puerta.

—¿Lo tiene ahí?

—Sí.

Anna alargó la carta a Martin.

—¿Qué ocurrió después? —inquirió él sin levantar la mirada del papel manuscrito.

—Al cabo de un rato de estar acostada sentí calor y me levanté y abrí la ventana. Vi luz en la habitación de Tony. Se me ocurrió que podría estar preocupado por lo ocurrido, como lo probaba el hecho de haberse excusado, y pensé calmarlo hablándole por teléfono. Llamé a su departamento, pero no contestó. Entonces vine aquí…

—¿Por qué? —preguntó Martin al tiempo que le devolvía la carta—. ¿Pensó acaso en que le pasaba algo malo?

—No, no pensé en eso. Simplemente, vine para verlo. Tony me gustaba. Su conducta de esta noche me había extrañado. Le eché la culpa al alcohol. Me acerqué para hacer las paces.

—Ya. ¿Y qué más?

—Apreté el timbre un par de veces y no me abrió. No estaba echada la llave y entré. Cuando pasé al dormitorio… —Al llegar a este punto, Anna, que por unos momentos había logrado apartar de su mente el horroroso recuerdo, vaciló y volvió a apretarse las sienes con las manos—. Él estaba allí, en el suelo, destrozado, lleno de sangre… Luego sentí moverse algo y vi al pingüino con los ojos fijos en mí, se acercó, se acercó y… ése fue el final, me desmayé… Es monstruoso lo que han hecho con el pobre Tony… yo soy la culpable… Si hubiésemos continuado en el Club 45 no habría ocurrido esto…

—Olvide eso ahora —dijo Martin amistosamente—. ¿Vio alguna vez un pingüino?

—Sí, en el zoo y en el circo. Pero éste era mucho más grande.

—¿Mucho más grande?

—Sí, media más de un metro.

—¿Está segura? El tamaño de un pingüino no excede de los setenta y cinco centímetros.

—El que yo he visto en el dormitorio de Tony pasaba del metro. Puedo jurarlo.

—¿Observó usted si tenía manchas de sangre?

—No me fijé. Quedé aterrorizada al ver sus ojos…

A lo lejos se oyeron las sirenas policíacas. Martin se aproximó a la puerta.

—Le estoy muy agradecido, señorita Shelley.

Ella le miró arqueando las cejas.

—¿Se va? —preguntó.

—Sí, tengo trabajo en otro sitio.

—Pero, no me puedo quedar sola.

—No lo estará mucho tiempo —Martin abrió la puerta y añadió—: Y recuerde una cosa, señorita Shelley. Yo no he dicho en ningún momento que fuese policía.

Vio el gesto de asombro de la rubia y cerró suavemente desde el pasillo.

La puerta del ascensor cercano se abrió dando paso a una mujer y a un hombre que reían. El encargado, un pelirrojo de unos veinte años, hizo una señal a Martin. Éste se apresuró a meterse dentro de la jaula.

—¿Abajo? —inquirió la zanahoria.

—Sí.

Empezó el descenso y Martin miró de reojo a su acompañante. Dijo con voz monótona.

—Creí que en este hotel también estaba prohibida la estancia a los animales.

El pelirrojo dobló la cabeza hacia el viajero.

—Y lo está —contestó—. El que caiga por aquí un bruto de vez en cuando no va contra el reglamento. Los hay en todas partes.

—Me refería a los irracionales.

—No se irá a quejar de que hay insectos en el hotel —la zanahoria chasqueó la lengua—. El señor Caloway se moriría… Tan pulcro, tan flamante… ¡Dios santo, qué disgusto para él!

—Tampoco me refiero a los insectos.

—¿No? ¿Qué es entonces?

—Ahí arriba he visto un pingüino —declaró Martin observando

atentamente el rostro del encargado. Éste parpadeó dos veces. En aquel instante llegó el ascensor a la planta baja y el muchacho fue a abrir la puerta. Martin detuvo su movimiento y dijo:

—Creo que he olvidado algo. Sube.

Los coches policíacos se hallaban ya muy cerca del hotel.

El pelirrojo apretó de mala gana el botón del quinto piso.

—Un pingüino —murmuró Martin—. ¿Qué te parece?

—Que lo debía beber con soda, con mucha soda —respondió el empleado y se puso a silbar.

Martin introdujo la mano, en el bolsillo del pantalón y la sacó con un puñado de billetes. Apartó dos de diez dólares y uno de cinco procurando hacer ruido con ellos. Guardó el resto y dijo:

—Cuando bebo me da por tirar el dinero.

El pelirrojo, sin dejar de silbar, echó una ojeada a lo que su interlocutor esgrimía.

—Sí, muchacho —continuó Martin—. Me da por entregar veinticinco dólares a cambio de cualquier tontería. Unas veces los doy al hombre que me anuncie el ganador de la quinta carrera de Santa Anita; otras, al que me informe sobre los últimos entrenamientos de Rocky Marciano… y esta noche, lo que son las cosas, los regalaría a quién me hablase de pingüinos… ¿es gracioso, verdad…?, pero yo soy así…

El muchacho tragó saliva. Martin continuó:

—Claro que veinticinco dólares será lo que tú ganas en una semana…

Fue el mazazo definitivo. El ascensor se detuvo nuevamente. El pelirrojo abrió la puerta con rapidez.

—El pingüino pertenece a Barnaby Custer, el explorador. Departamento 52. No lo sabe nadie más que yo y otro ascensorista. Guarde el secreto. Diga que se enteró de cualquier forma. No me descubra. Si llegase a conocimiento del señor Towner, me despediría…

Martin se separó de su informante y recorrió el pasillo hacia el departamento 52.

Oyó el zumbido de la llamada interior cuando apretó el timbre.

Abrió la puerta un hombre de unos cuarenta años, de cabello rubio y rostro de piel curtida. En sus rasgos fisonómicos había energía y decisión. Tenía la mano izquierda sobre el picaporte y en

la otra sostenía un bastón que le servía de apoyo. Bajo el batín color verde se veía un azulado pijama.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Mi nombre es Martin Audax. Es seguro que no le dirá nada a usted.

—Pues, no.

—Pero éste le será más conocido. Walt Disney.

—¿Walt Disney?

—Exacto. El mago de Burbank. El hombre que ha hecho feliz a unas cuantas generaciones.

Clister arrugó el entrecejo.

—No le entiendo, señor Audax.

Martin no quería hacerlo, pero echó mano a su cartera y extrajo una tarjeta de visita que alargó al explorador.

Custer leyó a media voz:

—Martin Audax. Vendedor de Ideas —levantó la mirada y pareció más extrañado que nunca—. ¿Vendedor de Ideas? ¿Es ésa una profesión?

—Lo es, señor Custer —Martin dirigió una mirada por el pasillo hacia el ascensor y luego la volvió a depositar en la faz del otro—. ¿Qué le parece si continuamos hablando dentro?

Custer vaciló unos segundos, más al fin movió afirmativamente la cabeza y dejó el paso libre.

Martin se sentó en un sillón y Custer en un diván.

—Usted dirá —invitó el explorador.

—No sé si habrá oído usted hablar de la cinta que actualmente produce Disney, *Pájaros acuáticos*…[1]

—¡Ah, sí…! Lo he leído en las revistas cinematográficas. Muy interesante.

—Sabíamos que le agradaría. El propio Walt me lo decía el otro día…

—¿Disney le habló de mí?

—Naturalmente. Ya sabe cómo es ese muchacho, tenaz, y duro como una roca. Cuando emprende algo lo hace a conciencia. Sin escatimar medios ni sacrificios. No come, no duerme hasta que la obra está concluida. Así es todo lo que sale de sus manos. Una joya artística. Es cierto que se vale de un enjambre de colaboradores, pero a ellos mismos contagia el hálito de inspiración que es su vida

misma. Véalo usted en *Pájaros acuáticos*. Quiere un técnico especializado en cada ave personaje de la cinta. Le llegó el turno al pingüino gigante y se apresuró a llamarme y decirme: «Necesito que Barnaby Custer te informe sobre el pingüino gigante. Él es una de las personas más competentes en la materia». ¿Qué le parece? Usted da las noticias, él se las empapa y hace el montaje de las escenas correspondientes de acuerdo con aquéllas. ¿Sabe que hay más de un centenar de fotógrafos disparando sus rollos de películas sobre toda clase de aves acuáticas? Y ustedes los especialistas han de ser los que determinen cuáles de esas tomas deben mantenerse en el film. Entiende, ¿verdad?

—Lo comprendo perfectamente.

—No sabe cuánto le agradecemos su colaboración.

Martin sacó un bloc de notas y estilográfica. Se apoyó en el brazo del sillón para escribir. Cuando estuvo dispuesto le hizo una seña a Custer con la cabeza para que comenzase. El explorador lo hizo con voz grave.

—El pingüino gigante o imperial, pertenece a la familia más grande de los pingüinos, la Aptenodytes Forsteri. Habitan con preferencia en el cabo Crozier de la isla de Ross.

—¿Qué talla tiene?

—Un metro veinte centímetros aproximadamente.

—¿Y peso?

—De treinta y dos a cuarenta kilos.

—Descríbame sus características.

—Es un ave extraordinariamente bella. Tiene el dorso y la parte superior de las alas de color gris azulado; la cabeza de un negro intenso; el pecho de un amarillo con brillo satinado; el vientre blanco, y a uno y otro lado del cuello unas manchitas color naranja.

Custer hizo una pausa y Martin, sin dejar de garrapatear, dijo:

—Tengo entendido que se trajo usted uno de esos pingüinos en su última expedición al Polo Sur.

—Es cierto.

—Hábleme de los detalles que haya observado en él.

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo en cuanto a su sociabilidad.

—Todos los pingüinos lo son. Y «Vick» no podía ser una excepción.

—¿«Vick»? ¿Se llama así su pingüino?

—Sí, mi mujer deseó que se llamase así —Custer cambió de tono de voz al referirse a su esposa.

—¿Muerta?

Custer afirmó con la cabeza.

—Lo siento —dijo Martin.

—En realidad jamás he visto su cadáver. Su desaparición está relacionada con la captura de «Vick», y aunque el relato no le sirva a usted…

—Le escucharé con mucho gusto —dijo rápidamente Martin, cogiendo la ocasión por los pelos.

—Fue hace un año. Nos encontrábamos en la isla de Ross, cerca del cabo Crozier, donde, como ya le he dicho, están localizados los criaderos de los pingüinos gigantes. Eleanor, mi mujer, sentía deseos de tener un huevo de estos pájaros, difícil de hallar porque incuban durante la noche polar, cuando la temperatura desciende hasta los cincuenta grados bajo cero. El día en que nos disponíamos a ir al cabo Crozier caí enfermo, pero le dije a Eleanor que se adelantase. Yo la seguiría al día siguiente. Aceptó y se marchó. Esa noche estalló un furioso *blizzard*, tempestad de viento y nieve capaz de dejar sin ánimo de lucha al más valiente. Al amanecer, todavía con fiebre, abandoné el campamento, pero no pude recorrer más de doscientos metros en toda la jornada. Durante cinco días el *blizzard* azotó implacablemente aquel desolado rincón de la tierra. Cesó por fin y pudimos continuar el camino. Al llegar al cabo Crozier no encontramos rastro de Eleanor ni de los cinco hombres que la acompañaban. Por espacio de una semana los buscamos denodadamente por entre las grietas del hielo, en los icebergs, en la llanura y en los montes blancos. Todas las pesquisas resultaron infructuosas. Eleanor y los que la acompañaban debieron ser tragados por el mar al sobrevenir un alud o al romperse cualquier témpano sobre el que pisaban…

Custer bajó la cabeza, como si las palabras pronunciadas hubieran abierto una vieja herida. Martin esperó unos segundos para preguntar:

—¿Y fue entonces cuando encontró a «Vick»?

—Sí. Lo halló uno de mis hombres.

—Es dócil, según ha dicho…

—Solamente lo he visto una vez iracundo.

—¿Cuándo?

—Cierta vez que vio al hermano de mi mujer esgrimir un paraguas. Debió creer que lo iba a golpear con él y lo atacó…

—¿A picotazos?

—Sí.

—¿Le produjo heridas?

—No. Solamente le hizo una rasgadura en el traje.

—¿Cómo se llama el hermano de su difunta mujer?

Custer no contestó enseguida. Nuevamente arrugó la frente.

—¿Tiene eso algo que ver con la película del señor Disney?

—Tampoco lo tenía la historia del cabo Crozier. Pero me gusta enterarme de todo. Ya sabe, usted da los datos y yo elimino los que me parecen superfluos. Concretamente, en el caso de su cuñado, él personalmente puede añadir alguna observación interesante sobre «Vick».

—Se llama Anthony Kraft. Se hospeda en este mismo hotel.

A Martin se le cortó la respiración. Estudió concienzudamente el rostro del explorador, pero no encontró el más leve vestigio sospechoso. Su última declaración no le había hecho mella. Se mantenía imperturbable.

—¿Ése ha sido el único incidente? Conviene conocer el carácter de esta ave a los efectos de una mayor o menor aproximación del operador cinematográfico.

—Ya le he dicho que es un animal sociable por naturaleza. Pero cuando algo no le gusta es sincero y exterioriza su repulsa emitiendo un agudo trompeteo y batiendo las alas.

—¿Puedo ver su pingüino gigante, señor Custer?

El explorador cambió de color.

—Sé que lo tiene en su departamento, señor Custer. Me ayudaría mucho en mi labor si me lo dejase contemplar.

Barnaby negó moviendo la cabeza.

—No puede ser, señor Audax. Y permítame decirle que cada vez veo menos claro su hipotética representación. Se ha limitado a enseñarme una tarjeta de visita. ¿Puede mostrarme igualmente la credencial como colaborador de Disney?

De repente, de un rincón de la casa llegaron unos graznidos. Martin vio una puerta interior y se lanzó por ella desoyendo las

voces de Custer.

Abrió el cuarto de baño y vio los ojos que habían causado el desvanecimiento de Anna Shelley, el negro intenso de la cabeza, el amarillo limón del pecho, el blanco vientre, el anaranjado de los lunares del cuello y unas manchas rojas que no había mencionado Barnaby Custer. Rojo de sangre que debió pertenecer a Anthony Kraft.

CAPÍTULO III

—¡Cómo se atreve! —gritó Custer poniendo una mano en el hombro de Martin y tirando de él hacia atrás.

—Emocionante, ¿verdad? —dijo el vendedor de ideas desasiéndose bruscamente y señalando al ave que había en el baño —. Un hermoso ejemplar de pingüino gigante.

—¡Salga de aquí inmediatamente! —continuó el explorador encolerizado—. ¡Le he soportado ya bastantes tonterías!

Martin lo miró con frialdad.

—Lo sé, señor Custer —dijo—. Usted ha sabido desde el principio que yo no era represéntate de Walt Disney y, sin embargo, me ha dejado entrar, sabía que lo que yo deseaba era información, y no me la ha negado, ¿por qué todo eso? ¿Qué hace usted a estas horas en pie?

—¡Salga de mi departamento o llamo a la policía!

—La tiene cerca, señor Custer. Muy cerca —Martin se dirigió a la salida seguido por Barnaby—. Supongo que tendrá una respuesta preparada para explicar las manchas de sangre en su pingüino, y otro montón de respuestas para otras tantas preguntas que le harán… Es usted inteligente, pero escuche esto.

—¡Ya basta!

Martin había llegado a la puerta y se volvió, poniendo el dedo índice en el pecho del explorador.

—Me gusta habérmelas con tipos listos, señor Custer. Pero jamás se han salido con la suya cuando yo he tenido una idea distinta a la de ellos. Recuérdelo. Y salude a su pingüino de mi parte.

Audax abrió la puerta y salió dando un portazo. Vio al fondo del pasillo a un policía de espaldas y recorrió de tres zancadas la distancia que le separaba de la escalera.

Pasó de largo por el mostrador de un bar ante el que se acodaban varios clientes trasnochadores, entró en la cabina

telefónica y marcó un número.

Transcurrieron un par de minutos antes de que al otro lado cogiesen el micro. Una voz varonil, somnolienta, dijo:

—Residencia de los señores Lavine, ¿quién llama?

—Aquí el Servicio de Costas de los Estados Unidos —repuso Martin.

El otro pareció despertarse.

—¿Qué dice…? —inquirió con sorpresa.

—Un platillo volante se acerca a nuestra ciudad…

—¿Cómo?

—No sea bobo, muchacho. Avise a la señora Lavine inmediatamente.

—¿La señora Lavine…? ¿Qué tiene que ver…?

—Pertenece a la Defensa Pasiva.

—Está durmiendo.

—Despiértela. Oiga, Bautista…

—Mi nombre es Walter, señor, el mayordomo de la casa…

—Magnífico, señor Walter, ganó usted diez tubos del dentífrico «Aurora Blanca», por su correcta contestación. Los recibirá a domicilio. Ahora sea buen muchacho y avise a su señora.

—Bien… de acuerdo… sí, señor —repuso el mayordomo sin entender una palabra.

Se desgranaron cinco minutos. Por fin, se oyó el chasquido del cambio de comunicación.

—Sí, diga —murmuró una voz aterciopelada.

—¿Señora Lavine?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Con su hombre.

—¿Con… con mi hombre?

—Con el individuo que la ha de sacar de su apuro.

—Ah, señor Audax… ¿lo consiguió?

—No se precipite. Necesito hablar inmediatamente con usted.

—¿Conmigo? ¿A estas horas? Es imposible…

—Usted va a hacer que sea posible. Me encuentro en un establecimiento de la calle 83, esquina con la 72 Este. Se llama La Bota de Goma. Salte de la cama y venga deprisa.

—¿No se puede aplazar la cita para mañana?

—Señora Lavine, yo defiendo sus intereses. Si pasados treinta

minutos no se ha presentado aquí, entenderé que quedo relevado de mis servicios…

—¡Pero…!

Martin no pudo oír más porque colgó. Se acercó a la barra del bar y un tipo cejudo que había al otro lado preguntó lo que iba a tomar. Pidió un vaso de ginebra. Bebió el primer trago y creyó que le arañaban el estómago con un rastrillo. El segundo le recordó el último estallido de la bomba atómica en Las Vegas. El tercero no llegó a tomarlo porque en el instante en que se disponía a hacerlo entró en el local la mujer que esperaba.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —inquirió ella.

—¿Por qué se imagina que ha ocurrido algo?

—¿Ya empieza con sus suspicacias, señor Audax?

Martin sonrió, sacó una cartulina del bolsillo de la chaqueta y leyó:

—Cliente: Zoé Lavine. Edad 26 años. Casada con Sam Lavine, industrial. Asunto: Recuperación cartas que escribió hace dos años a Anthony Kraft. Pide cinco mil dólares por ellas —dejó la ficha sobre la mesa y preguntó—: ¿Qué le parece?

—No sé realmente lo que quiere decir, señor Audax. Si mal no recuerdo, ése es el *dossier* que usted hizo esta tarde en su despacho cuando lo visité para encargarle…

—Exacto —le interrumpió Martin—. Es la ficha, que hago a todos mis clientes. Simple rutina. Pero hay muchas cosas en su asunto que usted debe haber silenciado, señora Lavine…

El tipo cejudo se acercó ronroneante como un gato y Martin pidió dos *whiskys* con soda sin preguntar a la bella mujer. Quedaron otra vez solos y Audax continuó en el uso de la palabra.

—Hagamos un poco de historia, señora Lavine. Usted acudió a mi despacho esta tarde por consejo de otra mujer, Margot Rose. Le habló de mí en términos ditirámbicos porque le había resuelto un importante problema hace unos seis meses. Usted pensó que yo era el sujeto ideal para resolver también el suyo. Llegó y me disparó que un tipo llamado Anthony Kraft tenía varias cartas suyas y que le había pedido, hace un mes, cinco mil dólares por ellas…

Zoé Lavine fue a decir algo, pero Martin la interrumpió con la mano.

—Usted, señora Lavine, pagó los cinco mil dólares y esperó en

vano que Kraft cumpliese su palabra de enviarle las cartas a lista de correos. Se las pidió por teléfono y personalmente en dos ocasiones. Él se tapó los oídos y anteayer se descolgó pidiendo otros cinco mil dólares, reiterando la promesa de que esta vez sí que le devolvería el género. Usted sospechó que nuevamente sería defraudada y me escogió a mí para que realizase la operación. Yo entregaría los cinco mil últimos a cambio de las cartas. Era el final de la gallina de los huevos de oro para el despierto Tony Kraft. Hasta aquí todo bien, ¿no es eso?

Zoé asintió. El camarero, barman y probablemente propietario del bar, todo en una pieza, dejó el servicio sobre la mesa y se marchó. Zoé bebió un trago de su vaso y pidió un cigarrillo a Martin, quien después de ofrecérselo le acercó la llama de su encendedor.

La rubia arrojó un chorro de humo por la nariz.

—Fui al club de Tony, el 45 —siguió Audax—. No está mal, es una buena choza. Vi a Kraft en su despacho. Le dije a lo que iba y el hombre, contra todo pronóstico, se mostró muy afable. Pero cuando me dejó estupefacto fue en el instante en que declaró que me entregaría las cartas esta noche. Y QUE NO ACEPTABA NINGÚN OTRO PAGO, puesto que ya había sido realizado… Enternecedor, ¿verdad, señora Lavine? Tony Kraft, un pillo de siete suelas, despreciando cinco billetes de los grandes. Aquello olía a podrido desde Harlem. Pero no tenía donde optar y me conforme con mi suerte. Me citó a las doce de la noche en su departamento del Excelsior, alegando que no podría ser antes por tener que acudir a una importante entrevista. Nos despedimos con apretones y sonrisitas.

Martin hizo una pausa y bebió la mitad del contenido de su vaso, sin apartar la mirada de los ojos de su cliente.

—A las doce en punto llamé al departamento 43 del Excelsior. No me abrieron y entré al cerciorarme que la puerta no estaba echada con llave. En el dormitorio de Kraft me encontré con un escenario de película terrorífica. Tony estaba muerto…

—¿Muerto? —Zoé dio un salto en el asiento.

—No chille —aconsejó Martin—. He dicho muerto. Tan muerto como mi tatarabuelo. Tenía la garganta destrozada y otras mutilaciones en el resto del cuerpo que no le describo por ser

desagradables…

La bella rubia había cambiado de color.

—A un par de metros del cadáver se encontraba una mujer que había perdido el conocimiento.

Los dedos de las manos de Zoé se retorcieron.

—¿Quién es? —preguntó.

—No se adelante. Se lo cuento tal como yo obré. Lo más importante entonces no era saber el nombre de la mujer, sino dar con sus cartas. Registré todo lo concienzudamente que pude el departamento… pero no obtuve éxito. Así las cosas, me dediqué a haced recuperar el sentido a la joven. Se llama Anna Shelley y es huésped del hotel. Había salido algunas veces Con Kraft y esta noche riñeron. Tony se excusó en una carta que echó por debajo de su puerta y ella acudió a las habitaciones de él para sellar la paz. Encontró el muerto… y un pingüino…

—¡Un pingüino…! ¡Dios mío! —Las exclamaciones de Zoé estaban plenas de espontaneidad.

Martin esperó unos segundos a que ella se calmase, y luego, dijo:

—Bien, ahora le toca a usted.

—No sé…

—Pórtese bien y yo la corresponderé, Zoé. Nos enfrentamos con un asesinato y puede que usted y yo estemos metidos en él hasta el cuello…

—El pingüino pertenece a Barnaby Custer, el explorador del Polo —dijo con voz carente de emoción.

—Hábleme de usted y de Barnaby Custer.

—No creo que tenga nada que ver con la cuestión principal…

—Déjeme a mí juzgarlo.

Zoé cogió otro cigarrillo del paquete que Martin había dejado sobre la mesa y ella misma apretó el resorte del encendedor. Inhaló un par de veces y el vendedor de ideas se impacientó.

—Estoy esperando —dijo.

—¡Está bien! —repuso la rubia con voz agria—. Barnaby estuvo enamorado de mí.

—¿Cuándo?

—Después de lo ocurrido con Tony.

—Y después de estar usted casada.

—¡No! Conocí a Barnaby antes que a mi marido.

—Entonces, ¿por qué no se casó con él? PORQUE USTED TAMBIÉN LO QUERÍA.

—Sí, lo quería. Pero no pudimos casarnos. Él lo estaba ya con la hermana de Tony.

—Bonito lío —comentó Martin, arrugando la frente.

—No lo hay. Yo era amiga aún de Tony cuando conocí a Barnaby y Eleanor en el propio Club 45. Tony les ofreció una cena homenaje cuando volvieron de uno de sus viajes. Desde aquel momento perdí todo interés con Kraft y empecé a conocerlo. Odiaba a su cuñado con toda el alma.

—¿Por qué?

—Barnaby tenía todo lo que él hubiera deseado poseer en esta vida. Fortuna, celebridad, simpatía natural…

—Pero Barnaby creo que es cojo. Recuerdo haber visto una fotografía…

—Lo es desde hace un año. En la última expedición, en que murió su mujer, se le helaron las dos piernas mientras la buscaba entre los hielos. Tuvieron que amputarle varios dedos del pie derecho.

—¿Y qué papel representaba Eleanor entre Barnaby y su hermano? ¿No era el ángel conciliador?

—Sí, procuraba limar las asperezas, pero no era suficiente para evitar el odio de Tony hacia su esposo.

—¿Y qué tal se llevaron los cuñados a partir de la desaparición de Eleanor?

—Empeoraron las relaciones hasta el punto de hacerse insostenibles. Existe un motivo.

—¿Cuál?

—Eleanor suscribió una póliza de vida. Nombró beneficiario a su hermano. Ya sabe que Barnaby posee una cuantiosa fortuna.

—¿A cuánto ascendía el capital de la póliza?

—A veinte mil dólares.

—¿Y qué pasó?

—Eleanor desapareció con otros cinco hombres durante una tempestad. Su cuerpo no fue hallado. De haber sido encontrado hubiese bastado el certificado médico para que Tony cobrase, pero, a tenor de las cláusulas estipuladas, el caso fue considerado como simple desaparición y para cobrar el beneficiario era necesario el

transcurso de cinco años desde el día en que se tuvieron las últimas noticias de la desaparecida. Más en vísperas de salir la expedición para el Polo Sur, Eleanor hizo agregar otra cláusula a la póliza.

—¿Cuál?

—En caso de desaparición de Eleanor bastaría que su marido testimoniase tal hecho, con la presunción de fallecimiento, para que el beneficiario cobrase el capital sin más dilación.

—¿Y la idea de esa cláusula partió de ella?

—No lo sé. Lo cierto es que, vuelto Barnaby del Polo Sur, después del desgraciado final de su esposa, Tony supuso que su cuñado testimoniaría la desaparición y la presunción del fallecimiento.

—Y no fue así.

—Barnaby se negó rotundamente en cuantas ocasiones Tony le solicitó el documento que valía para él veinte mil dólares.

Hubo unos segundos de silencio. Zoé se quitó del labio inferior una mota de tabaco y la depositó en el cenicero con la uña del dedo meñique.

Martin movió la cabeza mientras decía:

—Todo eso que me cuenta tendría sentido si el asesinado hubiese sido Barnaby Custer. Tony Kraft lo hubiera matado por no darle el testimonio. ¡Pero el cadáver es el de Tony…!

—Usted ha dicho que en el dormitorio había un pingüino…

—Fue Anna Shelley, la nueva acompañante de Kraft, quien me lo manifestó… ¿Por qué?

—El pingüino de Barnaby atacó ya otra vez a Tony.

Martin hizo un gesto como si no importase tal particularidad y Zoé repitió, poco más o menos, lo que ya sabía él por declaración del propio Custer.

Hubo otra pausa durante la que el vendedor de ideas estuvo pensando. Zoé rompió el silencio.

—¿Qué medita?

Él levantó la mirada y la clavó en los verdes ojos de la rubia.

—¿Qué ha hecho de once a doce de la noche? —preguntó Martin con voz fría.

—¡Piensa usted…!

—No haga aspavientos y conteste a mi pregunta.

—Estaba aburrida. Cené en casa a las nueve y luego me fui al

cine.

—¿A cuál?

—Al Odeón.

—¿Qué vio?

—*La viuda alegre*, de Lana Turner y Fernando Lamas.

—¿Guarda la entrada?

—No. La tiré.

—¿Puede presentar algún testigo que acredite la certeza de lo que dice?

—¡No! ¡Ya le he dicho, que fui sola!

Martin miró al techo, apretando los dientes.

—¿Verdad que lo arreglará, Martin?

—Claro que sí, Martin lo arregla todo, Martin es un buen chico.

En la calle tomaron un taxi y Audax dejó a Zoé frente a su casa de la Quinta Avenida. Después, el coche atravesó medio Nueva York hasta recalar en una calle de la clase media, en donde fue despedido.

Martin se acostó pensando en unos brazos de piel blanca, en unos ojos verdes y en unos cabellos oro viejo.

CAPÍTULO IV

Dos puntos fosforescentes brillaron en la oscuridad y se desplazaron unos centímetros en el espacio, aproximándose a la cama donde dormía Martin Audax.

Las ascuas se volvieron a mover y flotaron en las tinieblas.

De repente un claxon sonó en la calle y las pupilas se apagaron. Se oyeron voces de despedida, varoniles y femeninas, risas, y el ruido producido por un motor al embragar.

Fueron perdiéndose en la lejanía todos los sonidos. Volvió el silencio.

De nuevo aparecieron las lucecillas, ahora más cerca de la cama.

Unos pies se arrastraron, suave, lentamente.

En el piso de arriba uno de los trasnochadores debió sentirse con ánimos de continuar la juerga en casa y dio marcha a una gramola. Llegaron las notas musicales de una pieza antigua, un *fox* del año 1929. Nítidas, claras. Una mujer soltó una carcajada.

Entonces, Martin Audax despertó y vio las brillantes ascuas a menos de medio metro de él.

Dio un salto alargando la mano hacia la pistola que había dejado sobre la mesilla de noche.

Cuando tocó la culata, una voz cortó en seco su movimiento.

—¡Quieto, vendedor… o te achicharro!

Martin tragó saliva antes de contestar.

—Estaré quieto si enciende la luz. Me pongo nervioso cuando no veo la cara de quien me habla…

Los ojos se alejaron, sonó un chasquido y la bombilla iluminó el dormitorio. Martin vio a un hombre grueso y bajo, de ojos pequeños y barbilla puntiaguda. Desde el umbral de la puerta abierta dijo hablando hacia fuera:

—Pase, sargento. El pájaro está en la jaula.

Audax suspiró plácidamente al tiempo que hacía irrupción en la

habitación otro hombre. Éste era de rasgos fisonómicos voluntariosos, pero que denotaban no mucha inteligencia. Vestía al desgaire y llevaba un mondadientes entre los labios. Echó un vistazo a las cuatro paredes entre las que se encontraba antes de fijar su atención en la cama.

El gordito cerró la puerta, se acercó a la mesilla de noche y cogió la pistola que había sobre ella.

—No está mal, ¿eh, sargento? —dijo moviendo el arma.

—Tengo licencia —replicó Martin.

—¡Cierra el pico, vendedor! —siguió diciendo el tapón—. ¡Hablarás cuando se te pregunte!

Martin hizo caso omiso de la advertencia.

—¿Hacemos las presentaciones, caballeros? Martin Audax…

Mac Coy carraspeó, se quitó el mondadientes de la boca y dijo:

—Y ahora, Audax, va a contarme todo lo que sepa sobre el asunto.

—¿Qué asunto?

—No me colme la paciencia. Empiece. ¿A quién representa?

—¿Puede alegar alguna razón para que conteste a sus preguntas?

—¡Cielo santo! ¿Y es usted quien dice eso…? ¡Usted que ha hecho mangas y capirotes en el Excelsior…! ¡Que ha descubierto un cadáver y se ha largado sin esperar la llegada de la policía! ¡Que ha interrogado a una persona valiéndose de una falsa personalidad! ¡Usted, preocupado por los derechos constitucionales…! ¡No me haga reír, Audax!

—No pretendo que se ría, Mac Coy. Puedo colaborar con usted, pero no me pida más de lo que pueda decirle.

—¿Y qué es lo que puede y lo que no puede decirme?

—No estoy autorizado a manifestarle el nombre de la persona para la que trabajo. A excepción de eso, que no tiene nada que ver con «su asunto», puedo contestar a lo que me pregunte.

Mac Coy soltó un bufido.

—¡Cuente su parte! —gritó.

Marín hizo el relato de su llegada al departamento de Tony Kraft y de la posterior visita a Barnaby Custer, silenciando todo lo que había sabido por su cliente. Cuando terminó Mac Coy volvió a morder el mondadientes, mientras paseaba por la habitación. De

súbito se detuvo y apuntó con el índice a Martin.

—¡Sabe que lo puedo detener y encerrar entre rejas! Está obstaculizando la labor de la policía. No sabemos si ha suprimido pruebas, pero pudo hacerlo hallándose en el departamento de Kraft. ¡Puede que no pasen muchas horas sin que lo coloque a la sombra! ¡Le voy a dar un consejo y sígalo al pie de la letra…! ¡No más intromisiones en mi camino!

Martin enarcó las cejas, mostrando el gesto más ingenuo de su repertorio.

—¿Qué me está diciendo, sargento? Parece como si no tuviese ya cogido al asesino… ¡Pero si está claro…! ¡Es el pingüino…!

Mac Coy se puso lívido.

—¡Al diablo con ese caso…! ¡Un pingüino, un vendedor de ideas…! ¿Qué es un vendedor de ideas? ¡Ande, dígame…! ¿Qué clase de profesión es ésa?

—Cada cual debe trabajar en aquello que esté en relación con sus facultades —contestó Martin—. Sería una tontería que un tipo que tiene buenos puños se dedicase al periodismo no sabiendo apenas redactar una carta. Su carrera está en el *ring*. De igual forma, el hombre que posee una inteligencia superior debe explotarla, en cualquiera de sus variadas facetas. Yo procuro aplicar los frutos que produce la mía en beneficio de mis semejantes a cambio de un precio razonable.

—Así, pues, usted posee un cerebro macho, ¿eh, amigo? —dijo el gordito con sorna.

—Se apuntó un tanto, Tom —sonrió Audax.

—Su teoría puede pasar, pero hábleme de la práctica —dijo Mac Coy—. Cíteme una de las ideas que ha vendido.

—De acuerdo. Vea ésta. Una señora me visitó cierta tarde. Era casada y tenía un grave defecto. Había comenzado a engordar desde su matrimonio. Pesaría cerca de los cien kilos. Se quejaba de que su marido le hacía la vida imposible. Como ejemplo de su sufrimiento me dijo que estaba adelgazando a razón de dos kilos por mes. El marido se iba continuamente de francachelas con los amigos, sumiéndola en el más estéril de los abandonos. Le vendí una idea y le cobré cien dólares por ella.

—¿Cuál fue? —preguntó Mac Coy.

—Le dije que continuase sufriendo y que cuando llegase a los

sesenta y cinco kilos de peso amenazase al marido con pedir el divorcio.

El sargento de la Brigada de Homicidios lanzó una carcajada y el gordito se mantuvo imperturbable.

Mac Coy dejó de reír bruscamente, hizo una seña a Duncan y ambos se dirigieron hacia la salida.

—Y recuérdelo, Audax —dijo el sargento—. ¡Con ideas o sin ellas, si me lo vuelvo a encontrar… se arrepentirá!

—Mi pistola, Tom —dijo Martin.

El gordito arrojó el arma a la cama.

Después, los dos policías se marcharon.

CAPÍTULO V

Martin Audax, sentado ante la mesa, sobre la que acababan de poner un plato con huevos y tocino, un panecillo y una taza de café, no quería dar crédito a lo que veían sus ojos en la primera página del diario que tenía entre sus manos.

La información empezaba con unos titulares sensacionalistas, de letras grandes y negras que habrían hecho gastar una docena de cubos de tinta.

«"El misterio del pingüino asesino", ése era el primero. El que seguía debajo decía: "Una turbadora belleza del país mezclada en el asesinato". Luego, venía el relato de los hechos y en la parte central se hallaba lo que equivalía a unas cuantas ediciones del diario. Una foto de Zoé Lavine en bikini, mostrando a las claras la solidez de su hermosura y la pureza de sus curvas. La foto iba acompañada del correspondiente pie: "Zoé Lavine, *Miss* Nevada hace unos años y hoy sospechosa número uno en el caso del pingüino asesino"».

Martin olvidó los huevos con tocino y el café que tenía delante y se enfrascó en la lectura del reportaje.

El periodista escribía que, alrededor de las doce de la noche, Anna Shelley, huésped del hotel Excelsior, había encontrado muerto a Anthony Kraft, ocupante del departamento 43. En el propio dormitorio del asesinado halló un pingüino que se abalanzó sobre ella provocándole un desvanecimiento. Recobró el sentido pocos minutos antes de que la policía llegase al lugar del crimen. La Brigada de Homicidios se personó en el Excelsior atendiendo una extraña llamada hecha desde un teléfono público no lejano al hotel, por la que una voz varonil aconsejó su comparecencia inmediata en el establecimiento, donde había sido muerto un hombre. El pingüino pertenecía a Barnaby Clister, el explorador del Polo Sur, que un año antes lo había capturado, precisamente durante la expedición que había costado la vida a su mujer, hermana del

asesinado. El pájaro pertenece a la familia de los pingüinos gigantes y había demostrado cierta antipatía hacia Anthony Kraft, a quién en otra ocasión había atacado, desgarrándole el traje. El señor Custer declaró a la policía que a las seis de la tarde había salido de su departamento, dejando en él al pingüino, cuyo nombre era «Vick»; que a las once de la noche había regresado encontrándose con que «Vick» no se hallaba en el piso. Le alarmó la ausencia, puesto que había dejado cerrada la puerta con llave y de la misma forma la encontró al volver; que no se decidió a poner tal hecho en conocimiento del gerente del hotel porque éste ignoraba la presencia del animal; que había llevado al pingüino al departamento porque él, Custer, abandonó su casa al regresar de la expedición polar, ya que ella le recordaba demasiado a su esposa desaparecida y que, si bien dejó a «Vick», éste se había acostumbrado a su compañía de tal forma que declaró la huelga del hambre resistiéndose a comer sus diarias raciones de pescado, lo cual le decidió a traérselo consigo al hotel con la complicidad de los muchachos encargados de los ascensores.

A las doce menos cuarto, aproximadamente, el señor Custer oyó un trompeteo tras la puerta de entrada al departamento. Abrió, encontrándose en el pasillo a «Vick», quien daba muestras de alteración y mostraba varias manchas rojas de sangre en el vientre y pico. Al explorador no le dio tiempo a averiguar por su cuenta la causa de la desaparición del pingüino ni de las manchas, porque se presentó la policía poco después del regreso del pájaro.

Barnaby Custer había probado que de las siete de la tarde a las once de la noche permaneció en compañía de un profesor de Antropología.

Respecto a Anna Shelley se insertaba el relato que ya conocía Martin.

El periodista agregaba que el caso tomó un cariz dinámico cuando el gerente del hotel declaró haber visto salir hacia las once de la noche a la señora Zoé Lavine, a quién otras veces vio en compañía de Barnaby Custer y de Anthony Kraft. Los peritos en huellas dactilares encontraron un gran número de ellas en los brazos de un sillón. El sargento Mac Coy, de brillante historial en el Departamento policíaco, obtuvo de Custer la respuesta de que no había visto en ningún momento de la tarde o noche a la señora

Lavine. Personado el sargento en las primeras horas de la madrugada en el domicilio de dicha señora y valiéndose de una hábil estratagema, consiguió las huellas dactilares de *Miss* Nevada. Tales huellas eran las mismas que las recogidas en el sillón del departamento de Kraft. A las cuatro de la mañana el sargento Mac Coy se había presentado nuevamente en el domicilio de Zoé Lavine provisto de un mandamiento judicial y una orden de detención suscrita por el fiscal del distrito. En el bolso de la señora Lavine, que, a confesión propia, había utilizado la noche anterior, se encontraron unas cartas dirigidas por ella a Anthony Kraft durante el año 1950 que la policía no podía dar a la publicidad, pero que habían merecido del sargento Mac Coy el comentario de «comprometedoras en alto grado y justificativas de todo lo ocurrido».

La señora Lavine no había podido probar una coartada eficiente respecto a las horas en que se calculaba haber sido realizado el crimen, pendientes de ser fijadas por el dictamen forense, pero establecidas como muy probables teniendo en cuenta la declaración de Anna Shelley.

Se añadía que, a la hora de cerrar la edición, Zoé Lavine estaba siendo objeto de los oportunos interrogatorios en la Fiscalía.

La versión policíaca, a juicio del redactor, era, indudablemente, que Zoé Lavine había privado del conocimiento a Anthony Kraft golpeándole o introducido en el dormitorio de la víctima al pingüino de Custer, el cual, llevado por su animosidad hacia el yacente, y aprovechándose de su impotencia, lo mató desgarrándole la garganta a picotazos y produciéndole otras heridas en el resto del cuerpo.

Terminaba el reportaje con la calificación de «crimen ideado por una mente sádica y merecedor del más severo castigo que admiten nuestras leyes penales».

Martin echó una última hojeada a la foto de su cliente, dobló el diario y lo guardó en el bolsillo.

Despachó el desayuno, pagó el importe y salió del establecimiento.

Cuando llegó a su despacho se sentó en el sillón giratorio, puso los pies sobre la mesa y se dedicó a pensar.

Fue interrumpido por el

ric-rac
de la puerta al abrirse.

Levantó la mirada y vio a un hombre de uno ochenta de estatura y unos noventa kilos de peso. Su cara reflejaba, cuando menos, un par de centenares de peleas en el *ring*. La nariz estaba aplastada y las cejas mostraban unos cuantos costurones. Puso las manazas encima de la mesa ante la pasividad de Audax.

—¿Es usted ese vendedor de ideas? —preguntó el recién llegado.

—Dio en la diana, Dempsey.

—No me llamo Dempsey.

—Si tuviera tiempo yo lo convertiría en un Dempsey. Tiene presencia, musculatura y puede que arrojo. Lástima que llegue tarde, amigo. Dejé lo de *manager* hace años.

—No he venido a rajar.

—¿A qué pues, Dempsey?

—A darle una idea.

—No soy revendedor, amigo. Yo las saco de mi olla —Martin se tocó la cabeza—. Y las coloco calentitas.

—Esta idea se la regala el tipo que me envía.

—¿Sí? Qué generoso.

—Abandone el asunto en que se ocupa actualmente.

Martin confió demasiado en sí mismo. Cuando introducía la mano en la sobaquera, el exboxeador le dio un tirón de las piernas y lo arrancó de cuajo de la silla.

Audax fue a aterrizar, por encima de la mesa, junto al viejo sillón de cuero destinado a los clientes. Se levantó rápidamente, pero no tanto como para evitar que el puño derecho del matón le aplastase el estómago. Se arrugó intentando tragar aire con la boca abierta y un izquierdazo se la cerró herméticamente haciéndole el efecto de que los labios eran sellados por una cremallera.

Indefenso por la velocidad con que el otro había iniciado la ofensiva, lanzó dos golpes al aire. Recibió a cambio un puñetazo junto al oído derecho que levantó una tempestad de sonidos insospechados.

Loco de rabia, soltó un patadón a la masa de carne que tenía delante. Esta vez dio en el blanco. El gorila aulló y maldijo, retrocediendo un paso.

Martin respiró a pleno pulmón, pero su rival no le dio cuartel. Se

le acercó bufando y de un manotazo le bajó la guardia. A continuación le golpeó en el rostro con dureza. Sintió en la boca el sabor de la sangre. Logró conectar un gancho en la barbilla del gorila, haciéndole el mismo efecto que si le hubiera picado una mosca.



Logró conectar un gancho en la barbilla del gorila.

Después vino el final. Martin tuvo la sensación de que le sacaban el hígado a pedazos, de que en lugar de pulmones tenía dos fuelles y de que un taladro le penetraba por la frente y le salía por la boca.

Cayó al suelo sin fuerzas y allí fue pisoteado y prensado por el matón como se pisa la uva en Francia y España.

De pronto, todo quedó en silencio. Vio a un pingüino haciéndole guiños, a una rubia sonriéndole con un cigarrillo en los labios, a un sargento de policía carcajeándose y un hombre, con la garganta destrozada y la cuenca del ojo derecho vacía, moviéndose como un polichinela.

Volvió en sí y tuvo que apoyarse en el sillón cercano para recuperar la vertical.

Sacó el pañuelo y restañó la sangre que le salía de la nariz y boca y que ya le había manchado el traje, la corbata y la camisa. Se hallaba de espaldas a la puerta y ésta se abrió de nuevo. Dio un respingo creyendo que el gorila volvía para reanudar el combate. Suspiró al ver que entraban en el despacho dos hombres de buena presencia.

Se quedaron mirándole con perplejidad.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el más alto.

Martin recordó que su cara no ofrecería un buen aspecto. La tenía hinchada como si hubiesen jugado con ella al béisbol. Apartó el pañuelo de la boca y repuso:

—Acabo de terminar mis ejercicios matutinos de gimnasia.

—¿Sí? —dijo el bajo por decir algo.

—Seguro. No saben lo buenos que son. Tendrían que probarlos. Ayudan a conservarme en plena forma.

Martin dio la vuelta a la mesa y se dejó caer en el sillón giratorio.

—Considérense en su casa, amigos —dijo a los visitantes.

El alto echó una mirada retrospectiva al pequeño despacho. Una mesa, un archivador metálico, una máquina de escribir modelo 1936, un sillón de cuero y una silla barata. No le debió gustar la idea de que todo aquello fuese «su casa».

El otro cedió el sillón de cuero a su compañero y él se sentó en la silla.

Martin sacó un paquete de cigarrillos, invitó, rechazaron, se puso uno en los labios y encendió.

—Mi nombre es Sam Lavine —dijo el de la silla—. El marido de Zoé, su cliente.

Audax lo examinó. Tendría unos cuarenta años, era semicalvo y en su faz había unos mofletes simpáticos. Se lo imaginó con pantalón corto yendo al colegio de la mano de su institutriz. Un niño caribobón y mimadito.

—Mucho gusto, señor Lavine —repuso.

El otro visitante carraspeó.

Sam le dirigió una mirada, la volvió al vendedor de ideas y dijo sonriendo:

—Supongo que conoce al caballero que me acompaña.

Martin contempló sin interés el rostro de ojos vivaces y nariz aquilina en una cabeza un poco grande de la que colgaba un tronco robusto con dos racimos de dedos.

—No, no le conozco —dijo con sinceridad.

Sam Lavine dio un bufido y el aludido levantó la nariz.

El marido de Zoé sonrió conciliadoramente y dijo:

—¡Tiene usted en su despacho al mejor abogado criminalista del país, señor Audax!

Martin abrió los ojos admirativamente y repuso con rapidez, mirando al abogado en son de excusa:

—Perdóneme, señor Perry Mason. Nunca había visto una fotografía suya. Estuvo usted inconmensurable en *El caso del perro aullador*. Sigo con avidez todas sus aventuras.

Les ojos del criminalista fulminaron al vendedor.

Sam Lavine tartamudeó:

—Pe… pero… señor Audax… Este caballero es Philips Comendy… ¡el gran abogado Philips Comendy!

—¡Cuánto lo siento! —se lamentó Martin como si de repente recordase—. Excuse mi confusión, señor Comendy, se lo ruego… ¡Claro que sí…! Philips Comendy…

—No tiene importancia —dijo con énfasis el letrado—. Y si no le parece mal, señor Lavine, es preferible que entremos en materia.

—De acuerdo, señor Comendy —convino Sam, fijó su mirada en Martin y añadió—: Señor Audax, esta madrugada, al regresar a Nueva York, me he encontrado con la desagradable noticia de la detención de mi mujer. Naturalmente acudí a su lado, y ella, en un rasgo de sinceridad, me lo ha contado todo. Su antigua amistad con

Kraft, las cartas que le escribió, el chantaje de que ha sido víctima y la misión que le encomendó a usted. Como quiera que el fiscal del distrito piensa llevar adelante la acusación contra Zoé, me he apresurado a ponerme en contacto con el señor Comendy para que sea su letrado defensor. Hemos visitado a Zoé y el señor Comendy la ha interrogado sobre algunos pormenores. De esa conversación ha sacado la conclusión de que era indispensable un encuentro con usted. He aquí, pues, la razón de que nos encontremos en su despacho. Espero que preste al señor Comendy su colaboración.

—Cuenten con ella —asintió Martin.

El señor Comendy tosió y dijo:

—¿Quiere hacerme un relato de su actuación en el caso?

Audax, una vez más, repitió las palabras que ya casi sabía de memoria.

Al terminar, Comendy volvió a preguntar:

—Entonces, ¿usted no descubrió la menor huella de la presencia de ese pingüino en el departamento?

—No, señor, ninguna.

El abogado estuvo pensativo unos segundos y después inquirió:

—¿Tiene seguridad de que Anna Shelley se hallaba sin conocimiento?

—No lo puedo jurar, ni usted, en mi lugar, lo haría. Es fácil simular un desvanecimiento, pero mi impresión particular es que era real.

—Bien —dijo Comendy—. Y ahora tómese todo el tiempo que necesite para contestar a esta otra pregunta. ¿Por qué cree que la policía no lo ha introducido a usted como testigo en el caso?

—Es sencillo. Prefieren hincar el diente, valga la presión, en Zoé Lavine. A juicio de ellos el caso está demasiado claro para buscarse complicaciones con un hombre que se ha limitado a obrar de buena fe.

Comendy miró a Sam Lavine y tosió otra vez.

—Nosotros creemos —continuó el criminalista—, por el contrario, que su testimonio puede ser trascendental para la esposa del señor Lavine.

—¿Por qué?

—Porque su declaración establecería la base de la exculpación de Zoé.

—¿En mi declaración? Me tengo por listo, pero confieso que no sé a qué se refiere, concretamente. ¿Qué parte de mi relato es ésa?

—No pertenece al relato que acaba de hacer.

Martin frunció el ceño. Comendy sonrió y dijo:

—Esa declaración esencial formará parte de otro relato que yo le haré…

Audax echó el busto hacia delante.

—¿Quiere decir que su pretensión es la de que yo declare ante la policía algo que no he visto, algo que no es cierto?

—Es usted demasiado crudo —continuó sonriendo Comendy—. Yo lo llamaría simple maniobra estratégica. Le recuerdo que Zoé le pagó por sus servicios, unos servicios que consistían en recuperar unas cartas. Si usted las hubiese recobrado ella estaría en libertad. Realmente esas cartas constituyen la prueba material más fuerte que tiene el fiscal. Al no llevar usted a buen fin el trabajo que se le confió, es responsable moral del perjuicio que ello ha producido a la mujer que era su cliente…

Martin se irguió del sillón. Miró a Sam Lavine al tiempo que señalaba a Comendy.

—¿Y este tipo es el mejor abogado criminalista del país? —exclamó.

—¡El mejor! —asintió Sam.

—Yo le diré lo que es, señor Lavine —repuso Martin clavando los ojos en el rostro del letrado—. ¡Un mercachifle sin conciencia!

—¡Señor Audax! —dijo el marido de Zoé, levantándose también.

—¡Lárguese de aquí antes de que le atice!

Comendy dio un salto al ver que Martin se movía hacia él.

—Señor Audax, usted no comprende. Zoé está en un apuro. Comendy dice que el asunto tiene mal aspecto. ¡Yo tengo que salvarla! ¿Entiende?

—Lo siento, señor Lavine —repuso Martin—. No la salvará conmigo de ese modo.

—Escuche, Audax. Mi mujer le dio cinco mil dólares, para pagarle a Kraft el precio de las cartas. Los tiene, ¿verdad?

—Sí.

—¡Pues son suyos si se pone de acuerdo con Comendy!

—¡Márchense los dos! —dijo Audax con voz ronca—. Comprendo su situación, señor Lavine, pero no conseguirá de mí un

testimonio falso… En cuanto a los cinco mil dólares de su mujer, se los entregaré a ella, y solamente a ella…

En el despacho reinó el silencio durante unos segundos.

Comendy cogió del brazo a Sam y dijo:

—Vámonos.

—¿Es su última palabra, señor Audax? —preguntó aún Lavine.

—Es la única —dijo Martin con firmeza.

Los dos visitantes salieron del despacho.

CAPÍTULO VI

Martin Audax permaneció en el establecimiento del sueco Skoglund hasta las dos de la tarde. Tomó un baño turco, se dejó masajear concienzudamente por una tercera serie del *catch* mientras le limpiaban y planchaban el traje y le arreglaban la cara. Sólo quedó en ella un par de abolladuras. Salió a la calle y se creyó otro hombre.

Alrededor de las nueve y media entró en el Club 45.

El local estaba bastante bien de público. Serpenteó entre las mesas dirigiéndose hacia la barra.

Solicitó un *Martini* a un individuo de cara redonda y manos pequeñas. Bebió pausadamente.

Se volvió de cara a la pista. En una de las mesas cercanas había en solitario una joven de cabello incendiario. Sus miradas se encontraron y ella le hizo guiñitos. Martin no dijo que no y la pelirroja se levantó, acercándosele.

—¿Me invitas, Bill? —le preguntó con jovialidad.

Martín vio con el rabillo del ojo al barman. Se hallaba en la actitud del espectador que está a punto de ver caer al adversario del boxeador por el que se ha apostado. Sintió pena por él y por la pelirroja. Eran dos seres que se ganaban el pan a comisión.

—Seguro, preciosa —dijo y luego movió la cabeza hacia el hombre y añadió—: No más de un dólar, Timoteo.

El de las manos pequeñas hizo una mueca. No le gustó que le llamasen Timoteo por una invitación de dólar. Pero la chica se mostró más comprensiva.

—Eres muy amable, Bill —sonrió con picardía mientras prometía—: Nos vamos a divertir.

Siete hombres empezaron a soplar y a mover las manos. El fruto de su esfuerzo fue una catarata de notas.

—¿Bailamos? —invitó la pelirroja.

Martin dejó el vaso y salieron a la pista, en donde se encontraban ya varias parejas.

—Me llamo Iris —dijo ella cuando él la enlazaba por la cintura.

—Y yo Bill.

Iris lo miró con ojos escépticos. Dieron unos pasos al ritmo de un *fox* lento.

Martin dirigió una mirada retrospectiva a las paredes decoradas.

—No está mal esta cueva, ¿eh? —dijo.

—No está mal —convino la mujer.

—Creí que lo cerrarían. ¿No es el dueño al que trincaron anoche…? Lo he leído en los periódicos…

—Eran dos socios. Ya sabes lo que pasa cuando uno de ellos muere.

—Adquieren su parte los herederos…

—Aquí no había más heredero que su socio, Rodney Devoe.

—¿Qué tal es?

—¿Quién?

—Rodney.

Iris lo miró fijamente a los ojos y murmuró:

—¿Polizonte?

—¿Por qué había de serlo? —sonrió Martin—. No me pueden ver.

—¿Sí?

—Sí, salí un par de noches con la hija de un teniente de la Brigada de Narcóticos… y lo pasé muy mal.

—¿Era fea?

—No. Lo pasé muy mal después. El padre quería que me casase con ella. No me creyó aunque le juré que era tan pura como la cocaína que él dejaba pasar a una pandilla de contrabandistas.

Iris lo contempló dubitativamente. Martin acercó su cara hasta tocar la de ella y se deslizaron por la pista en silencio durante el resto del *fox*. Siguió un *bayón* y el vendedor de ideas reanudó la conversación.

—Quiero saber cosas de Rodney —dijo.

—Tengo muy mala memoria —repuso ella—. ¿Quién es Rodney, querido?

Audax introdujo la mano derecha en el bolsillo del pantalón, sin dejar de bailar, y la sacó con un puñado de billetes. Sabía que no

había más de diez dólares. Los puso en la palma de la mano de Iris al tiempo que decía:

—Cierta vez me recetaron esto para la amnesia.

La pelirroja apretó los billetes, replicando:

—Adelante, Bill.

—¿Qué tal tipo es Rodney?

—Una bestia inteligente y vanidosa.

Martin silbó por lo bajo.

—Preciosa, eso es fuerte.

—Creía que deseabas información clara.

Él movió la cabeza, asintiendo.

—Me gusta la sinceridad. Continúa.

—Rodney da carrete hasta que le conviene, lo recoge, saca la pieza del agua y la contempla hasta que agoniza. Pone cebo nuevo y lanza otra vez el anzuelo.

—¿Qué es lo que pesca?

—Ese pez incauto y estúpido que se llama mujer.

—¿Resentida?

—Soy uno de sus trofeos.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—Seis meses.

—¿Quién es la víctima de turno?

—Ethel Buckley, una vocalista recién incorporada al club.

—¿Bonita?

—Psch… es el juguete nuevo.

—¿Sólo se dedica al género de la casa?

—Es más sencillo y no tiene apenas dificultades. Pero si se pone a tiro una dama encopetada no le hace ascos.

—¿Cuál es su punto flaco?

—Dicen que el que a hierro mata… Algún día se encontrará con la mujer que lo destine a un entierro de primera.

—¿Y qué hay de Anthony Kraft?

—Era del mismo barro de Rodney, pero con menos estilo.

—¿Qué tal se llevaban?

—A veces reñían por la pieza. Era lógico. Estaban a ver quién podía más que el otro.

Los músicos terminaron la interpretación del *bayón* y se movieron como si lo que hubieran acabado fuera el edificio del

Empire State.

Iris y Martin se dirigieron hacia la barra. De pronto ella apretó el brazo de él y lo detuvo.

—¿Qué hay? —inquirió él.

—No sé lo que te traerás entre manos, pero si no eres de la policía ándate con cuidado. La bestia sabe usar la cabeza y huele a media milla el peligro.

Martin tardó tres segundos en replicar.

—Eso no estaba comprendido en el precio, pelirroja. ¿Por qué lo haces?

—Quizá sea porque me hayas caído simpático.

Se acercaron a la barra y Audax pidió otros dos *Martinis*. Cuando los servían, Iris dijo que iba un momento al tocador y él se quedó solo. Fue por poco tiempo. Un sujeto de cabello encrespado y barba cerrada le puso una mano en el hombro.

—¿Es usted Martin Audax?

Él lo miró despaciosamente y repuso:

—Ganó usted el tarro de fijador y el peine, y estuvo en un tris de llevarse la maquinilla de afeitar…

—¿Me río ahora?

—Espere a que me pase la tristeza. Sólo llevo un *Martini* en el cuerpo.

El otro claudicó mirándolo con rabia.

—El señor Devoe quiere verle.

—¿Le dijo para qué?

—Negocios privados.

—¿Y si yo no quisiese verle?

—Tengo ganas de que decida eso. Me ha dicho que no le tocase un cabello si se mostraba cortés.

—Seré cortés —Martín se apartó del mostrador.

Unos metros antes de llegar a la plataforma utilizada por la orquesta, había una puerta con letras doradas. Tras ella se hallaba el despacho de la dirección. Martin entró precedido por el guía. El hombre que se encontraba tras una mesa de superficie brillante tendría unos treinta y cinco años; de cabello intensamente negro, igual que los ojos. En general era bien parecido y vestía un traje gris claro. Hizo una señal con la mano y el sicario salió de la habitación.

—¿Quiere sentarse, señor Audax? —invitó Devoe cuando se

quedaron solos.

Martin se retrepó en un sillón.

—Muchas veces me pregunto por qué no he de poseer yo estos muebles caros —dijo con naturalidad.

Rodney sonrió y repuso:

—Puede que no se lo haya propuesto de verdad.

Audax lo miró frunciendo el ceño.

—Tendrá que explicarme el medio para conseguirlo.

Devoe se puso un cigarrillo en los labios y encendió. Lanzó una bocanada de humo y dijo:

—Podría haberle explicado yo muchas cosas y usted habría ahorrado para adquirir esos muebles.

—No sabe uno las oportunidades que pierde.

—¿Por cuánto ha comprado la lengua de Iris?

Martin se encogió como la tortuga que se esconde bajo el caparazón.

—¿Quince? ¿Veinte? —Siguió Rodney—, ¿cincuenta dólares? ¡Dinero perdido tontamente…! Yo le hubiese contado gratuitamente cuando quisiese saber sobre mí…

El exsocio de Kraft ignoraba que Martin Audax necesitaba cinco segundos para reaccionar ante una situación desfavorable.

—Las informaciones de segunda mano siempre me han parecido más interesantes.

Del rostro de Rodney desapareció todo vestigio de jovialidad. Cuando habló de nuevo, lo hizo con voz ronca.

—De todas formas va a escuchar la información que yo le voy a dar.

—No se me quitará el hormigueo de los pies hasta conocerla.

Devoe hizo un visible esfuerzo para contener su ira.

—Estuvo aquí el sargento Mac Coy.

Martin fue a abrir la boca, pero lo interrumpió Rodney.

—Espere a oírme y haga su chiste final.

—Adelante.

—Mac Coy me preguntó si usted había venido por el club. Puso cara de sorpresa al oír mi negativa.

—El sargento Mac Coy está acostumbrado a llegar después que yo a la mayor parte de los sitios.

—Me puso en guardia para cuando usted llegase. Me rogó le

arrojase del local sin facilitarle ninguna noticia.

—¿Por qué no lo ha hecho así?

—Porque no deseo que nadie husmee mis negocios por fuera. Están claros como el agua. No tengo que esconder nada a nadie. Éste es un local nocturno como cualquiera de los que hay en Nueva York.

—Si lo dice por mí, no tengo nada contra su negocio. Me interesan las personas.

—Le contestaré a eso. Kraft y yo éramos socios, teníamos cada uno un cincuenta por ciento en el club. Hace seis años que lo abrimos. En el contrato de sociedad insertamos una cláusula según la cual en caso de fallecimiento, por cualquier causa a que fuere debido, el socio sobreviviente pasaría a ser dueño absoluto de todo.

—Así, pues, la muerte de Kraft le ha beneficiado a usted en un cincuenta por ciento.

—No saque conclusiones erróneas. Yo no mate a Tony. Desde las nueve hasta las doce de la noche estuve ayer en el club.

—¿Quién dice eso? ¿Sus muchachos?

—Varias docenas de clientes me vieron.

—No me irá a decir que es usted la principal atracción del club 45, que cuando usted aparece en el local hay un centenar de ojos que se pasan horas y horas contemplándolo con embeleso…

—¡El sargento Mac Coy ha comprobado mi declaración!

—Entre el sargento y yo hay diferencia de apreciación en este caso, señor Devoe. Él tiene un culpable y yo no.

Rodney se puso lívido. Martín golpeó en caliente.

—¿Qué me dice de las cartas que Zoé Lavine envió a Kraft?

—Ignoraba su existencia.

—¿Conoce a Zoé Lavine?

—¡Sí!

—¿Desde cuándo?

—Un par de años.

—¿Y las relaciones entre Zoé y Anthony antes de que ella se casase?

—¡No! Zoé era para mí una cliente asidua al club. ¡No iba a sospechar que toda mujer que viniera al club tuviera relaciones con Tony!

—¡No me haga reír, Rodney! ¡Usted sabía perfectamente cuál

era la clase de amistad que había entre su socio y Zoé…! ¿Por qué miente?

—¡Le estoy diciendo la verdad!

—¿Y de Barnaby Custer? ¿Qué me dice?

—Apenas hablé media docena de veces con él.

—¿Qué tal se llevaban los dos cuñados?

—Bien, en lo que yo podía apreciar.

—¿De veras? ¿Sabe que se querían como el gato y el ratón?

—¡Tonterías!

—¿Y que estaba en mano de Barnaby el que Kraft cobrase los veinte mil dólares del seguro de vida de su hermana?

—Tony me dijo ayer a las cinco de la tarde que Barnaby había dado conformidad a la firma del testimonio de la desaparición y presunción del fallecimiento.

—Repita eso —dijo Martin enarcando las cejas.

—Añadió que esta mañana tenían que ir juntos, para entregar en la compañía aseguradora el documento.

Audax se mantuvo pensativo un rato.

Rodney se levantó, con la sonrisa otra vez en el rostro y dijo:

—Ya ve que pretendo ayudarle.

Martin no escuchó. Su cerebro estaba trabajando a todo gas.

—Quisiera que abandonara esa actitud, Audax —invitó conciliadoramente Devoe.

El vendedor se incorporó y dijo:

—Voy a seguirle la corriente, Rodney. Lo creeré… a beneficio de inventario.

Devoe alargó la mano por encima de la mesa diciendo:

—Comprobará que no tengo dobleces.

Los dos hombres cambiaron un apretón.

Martin dio la vuelta y se fue hacia la salida. Giró cuando se encontraba en el umbral de la puerta.

—Algo más, Rodney.

—Dígame.

—No me gustaría que se le hiciese daño a esa pelirroja que tiene trabajando fuera.

—¿Hacerle daño…? ¿Cómo puede creer eso?

Martin no dijo nada y salió.

En la barra se encontró con Iris.

—¡Tiene que llevarme con usted! —dijo ella con voz temblorosa.

—¿Por qué?

—Se han enterado de que le he dicho algo. Hay un guardaespaldas de Rodney que no me quita la vista de encima.

Martin le palmeó suavemente la mano y repuso:

—Lo he aclarado con Rodney. No le harán nada. Está prometido.

El rostro de Iris se contrajo en un gesto de angustia.

—No la cumplirán. Usted no los conoce. ¡Llévеme con usted!

—Son suposiciones suyas. Iris. No sea chiquilla. Le repito que ni Rodney ni ninguno de sus hombres le hará daño alguno. He de hacer aún unas cuantas cosas importantes esta noche. Pero en cuanto tenga un rato libre un día de éstos vendré a por usted… —Martin la cogió por la barbilla levantándole la cabeza—. Vamos, alegre esa cara…

Ella inició una sonrisa.

El vendedor de ideas pagó la consumición y fue acompañado por Iris hasta el vestíbulo.

Salió a la calle y oyó pregonar a un vendedor de prensa las últimas noticias del caso del pingüino asesino. ¡Zoé Lavine había sido puesta en libertad!

Compró uno de los diarios de noche y leyó que el prestigioso abogado criminalista Philips Comendy, apoyándose en que todavía no había sido formulada una acusación de homicidio o asesinato contra Zoé Lavine, había presentado un mandamiento de *habeas Corpus*, y obtenido la libertad de su cliente.

Martin se introdujo en la cabina telefónica de una farmacia y llamó a la residencia de los Lavine.

—¿Quién llama? —descolgaron y dijeron casi a un tiempo a la otra parte.

Audax reconoció la voz de Sam Lavine.

—Martin Audax —declaró.

—¡Señor Audax…! ¿Tiene alguna noticia?

—¿Alguna noticia? ¿De quién?

—¡De Zoé, naturalmente!

—Me acabo de enterar por la prensa. Quisiera hablar con ella…

—¿Pero qué dice…? ¿No está enterado…? ¡Zoé ha desaparecido!

—¿Desaparecido…?

—¡Sí!

—¿Quiere decirme cómo ha ocurrido?

—Conseguida la libertad, Zoé, Comendy y yo nos metimos en mi coche. Veníamos hacia casa y mi propia mujer dijo que nos detuviésemos a celebrarlo. Así lo hicimos en el Tres Luces de la Séptima Avenida. Nos sentamos y Zoé dijo que debía ir a empolvarse… Se marchó, Comendy y yo nos pusimos a hablar y, bueno, hasta que pasada media hora, nos impacientamos y fuimos a ver qué ocurría… Zoé había salido a la calle, al parecer con mucha prisa. El conserje del establecimiento la identificó… No comprendo cómo lo ha podido hacer… Ahora es cuando ha empeorado su situación, ¡y ha sido ella misma! ¡Santo Dios! Tenía que presentarse mañana a primera hora en la Fiscalía acompañada por Comendy. ¿Me oye, Audax?

—Sí, señor.

—¿Tiene alguna idea de dónde haya podido ir?

—No, ninguna. Lo siento.

Minutos más tarde, Martin caminaba por la acera sumido en un mar de confusiones.

CAPÍTULO VII

Creyó que el repiqueteo del teléfono formaba, parte de su sueño y cambió de posición sumergiendo la cabeza bajo la sábana.

El timbre continuó oyéndose lejano. Entonces abrió un ojo, luego el otro y retiró el embozo. Se sentó en la cama de un salto y cogió el micro de la mesilla de noche.

—Sí, diga —gruñó.

—Hay suerte —le contestó una voz agria—, creí que no lo encontraría en casa.

—Pertenezco a la Comunidad de Hombres Virtuosos. A las nueve estamos ya en la cama.

—Pues tendrá que pedir la baja. Hoy va a trasnochar. Póngase el traje y…

—¿Quién lo ordena? —interrumpió Martin.

—El sargento Mac Coy.

—Ah, es usted. Debí suponerlo. Por lo visto, se ha propuesto que no descanse cinco horas seguidas. ¿Por qué no manda a la silla eléctrica al pingüino y me deja en paz?

—¡Venga inmediatamente! Escuche…

—¡Ya basta, Mac Coy! ¡Acabó con mi paciencia!

—Aquí hay una mujer que pregunta insistentemente por usted —dijo rápidamente el sargento—. Está moribunda. Si no se da prisa la verá cadáver.

Audax se estremeció.

—¿Zoé Lavine? —inquirió.

—Ésta es la clínica particular del doctor Modrew, Avenida Lexington, 379. No invierta más de quince minutos —y a continuación colgó Mac Coy.

Seis minutos más tarde, Martin corría por la calle, poniéndose aún la americana, hacia la parada de taxis más próxima.

Se introdujo en un coche y dio la dirección que le habían

indicado. Vio en su reloj pulsera que eran las cuatro y media de la mañana.

El agente Duncan esperaba en el vestíbulo de la clínica. Hizo una mueca de disgusto cuando vio aparecer al vendedor de ideas.

—Acompáñeme —dijo.

El ascensor los dejó en la segunda planta.

Martin vio a Mac Coy al final de un largo pasillo.

—Hola, Audax —dijo el sargento cuando Martin se acercaba.

Como la noche anterior, Mac Coy tenía un mondadientes en la boca. Indicó con la mano la puerta que tenían enfrente marcada con el número 57.

—Está ahí dentro.

Martin fue a abrir, pero Mac Coy lo detuvo por el brazo.

—Yo entraré con usted —indicó.

Audax no objetó nada.

La habitación se hallaba débilmente iluminada. Había una cama en el centro. Sobre la almohada se apoyaba una cabeza recién vendada por la frente. El rostro tenía otras contusiones y los ojos estaban cerrados.

Martin reconoció en la yacente a la pelirroja Iris.

Miró a Mac Coy y preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—No nos ha querido decir nada. Sólo deseaba hablar con usted.

—¿Cómo llegó aquí?

—Luego se lo explicaré. No podemos perder tiempo. Se está yendo. Según el doctor debiera haber muerto ya. No sé lo que la hace vivir. Está reventada. ¡Háblele!

Martin asintió, se arrodilló junto a la cama y aproximó su rostro hasta tenerlo muy cerca del de la joven.

—Iris… —murmuró—. Soy Bill…

Mac Coy dio un respingo.

—¿Bill? —dijo.

El vendedor hizo caso omiso de la interrupción.

—Iris… —continuó—. Iris…

La pelirroja movió los labios y por fin abrió lentamente los párpados. Su mirada erró por el vacío hasta encontrar los ojos del hombre que había mandado llamar. En su rostro se inició una sonrisa, pero se trocó pronto en un rictus de dolor.

—¿Quién fue, Iris? —inquirió ansiosamente Martin.

Ella hizo un esfuerzo para hablar y cuando lo consiguió brotaron de su garganta palabras mortecinas y torpes.

—Martin… Audax… me lo dijo… él…

—¿Qué tenías que decirme, Iris?

La paciente lanzó un quejido. Por una puerta lateral entró una enfermera de nariz aguileña.

—¿No terminaron? El doctor…

—Ahora mismo nos vamos, señorita —repuso Mac Coy con nerviosidad, y luego se dirigió a Martin—: ¡Apúrese!

—Anda, dilo, Iris… —insistió Martin—. ¡Tienes que hacerlo!

La muchacha tosió, cerrando los ojos, y el cuerpo se estremeció haciendo chirriar la metálica cama.

La enfermera secó la sangre que acudió a la boca de la moribunda. Aquélla miró al sargento y movió la cabeza en sentido negativo.

Iris volvió a levantar los párpados. Se mordió los labios y poco a poco sacó el brazo derecho que tenía bajo las sábanas. Todo él estaba vendado a excepción de las extremidades de los dedos, en los que destacaba el rojo esmaltado de las uñas.

Martin cogió la mano entre las suyas y la apretó suavemente infundiéndole el valor que ya le faltaba.

—Habla, Iris… ¡Habla, por favor!

Los labios de la joven temblaron.

—No lo permitas… Martin… ellos…

—¡Continúa…!

De repente, Iris dio un suspiro y su cabeza se dobló.

Los tres seres que asistían a la escena parecieron esculpidos en granito durante un largo minuto.

Martin dejó la mano sin vida sobre la sabana y cerró los ojos del cadáver.

Se levantó y salió de la habitación seguido del sargento.

En el pasillo, el vendedor extrajo de la americana un paquete de «Lucky». El ofrecimiento que hizo a Mac Coy y Duncan fue rechazado y encendió solo. Necesitaba calmar los nervios con algo y no tenía otra cosa más cerca que el tabaco.

—¿Cómo fue? —Tornó a preguntar Martin mirando al sargento.

—La trajeron hace una hora los conductores de un camión.

Contaron que iban por la carretera 101, veinticinco kilómetros más allá de la ciudad, cuando hacia las tres de la madrugada, vieron camino adelante, a unos trescientos metros, un coche parado. Distinguieron un bulto formado por dos hombros que llevaban un fardo. La proximidad del camión los asusto. Dejaron caer lo que sostenían, se metieron en el coche y éste arrancó a toda velocidad. La placa de la matrícula, estaba cubierta. Se detuvieron los del camión, encontrándose con el cuerpo de esa mujer. La trajeron inmediatamente a la clínica y la pasaron a la sala de operaciones. El doctor apreció gravísimas lesiones internas. Era inútil la intervención quirúrgica y desistió de hacerlo. Uno de los ayudantes la reconoció como Iris Tapley, bailarina del Club 45. Llamaron a la brigada y me comunicaron la noticia. Eso es todo.

Martin inhaló profundamente.

Mac Coy observó en las pupilas del vendedor un brillo extraño.

—Ahora seré yo el informado.

—¿Qué desea saber, sargento?

—Esa mujer no ha querido hablar con nosotros. Exigió repentinamente la presencia de usted. ¿Por qué?

—Porque soy humano con las personas que deben ser tratadas con humanidad.

—¡Y un cuerno! —exclamó Mac Coy—. ¡Déjese de su verborrea ahora! Ella le habló de algo…

—Usted también lo oyó. Usted es policía debe deducir las conclusiones.

—¿Qué es lo que había entre esa mujer y usted, Audax?

—No la conocía hasta esta noche, sargento. Fui al Club 45 a pasar un rato. ¿Me están prohibidas las expansiones?

—Puede que sus futuras expansiones sean a expensas del presupuesto del Estado. Unas buenas vacaciones con un buen uniforme.

—¿Quiere asustarme con sus bravatas? Si es así, se equivoca de hombre, policía.

—Bien, Audax. Usted lo ha querido. Va a venir conmigo a la comisaria.

Martin sonrió.

—No me diga. ¿Y la orden de arresto?

Duncan se apresuró a sacar un papel del bolsillo de la

americana.

Mac Coy dijo:

—A veces también nosotros tenemos ideas —cogió el documento de manos de Duncan y lo exhibió ante los ojos de Martin—. ¿Está en regla?

—De acuerdo —aceptó Martin—, este *round* fue suyo.

El coche de la Brigada de Homicidios, que se hallaba a las puertas de la clínica, los dejó en la comisaría.

Pasaron de largo por una amplia sala donde había mesas, sillas, máquinas de escribir y un par de hombres en mangas de camisa.

Entraron en una habitación rectangular. Su único mobiliario consistía en tres sillas y un foco de soporte metálico con pantalla movible.

—Siéntese ahí Audax —dijo Duncan señalando la silla frontal a la pantalla.

Mac Coy cerró la puerta por la que llegaba la luz de la gran sala. La reducida habitación quedó a oscuras.

—¿Por qué es tan duro, Audax? —Se oyó la voz del sargento—. ¿No sería preferible que colaborase?

—Declaro todo lo que estimo necesario deben conocer ustedes —respondió Martin en las tinieblas—. Silencio solamente la parte que se refiere a mis clientes y que no tiene trascendencia criminal.

—¿Por qué no deja que haga la policía esa selección?

—Una vez lo hice y me costó la licencia.

—¿La licencia? —inquirió Mac Coy con voz extrañada—. ¿De qué?

—De detective particular.

—¡Encienda ese foco, Duncan! —exclamó el sargento.

Martin sintió penetrar en sus pupilas los rayos de luz. Quedó cegado unos segundos y sus ojos se bañaron en lágrimas Fue a cubrirse con el brazo, pero Duncan lo impidió, dándole un golpe de judo en el hombro.

El vendedor dio un aullido de dolor y bajo la cabeza.

—Así, pues, usted fue detective particular —dijo el sargento con sorna—. Le fue retirada la licencia y ahora investiga un crimen amparado bajo esa falsa profesión de vendedor de ideas… ¿Qué le parece, Duncan?

—Ya le dije que no me gustaba su calaña —contestó el agente.

Martin irguió la frente. Medio cerró los ojos para hablar. Por sus mejillas corrían torrentes lacrimosos.

—No sean tan optimistas —dijo—. Les ahorraré trabajo burocrático. Eso que he dicho ocurrió lejos de aquí. Fue en Los Ángeles.

—Ocúpese de eso, Duncan.

—Ahora voy.

El agente abandonó la habitación.

—Bien, Audax —continuó Mac Coy—. Vamos a hablar usted y yo.

—¡Baje esa condenada pantalla!

El sargento desvió el foco de luz proyectándolo sobre la pared.

Martin se pudo secar los ojos con el pañuelo.

—¿Dónde está Zoé Lavine? —Disparó Mac Coy.

—Quisiera saberlo.

—Se mostró asustado cuando le dije por teléfono que una mujer moribunda lo requería, y preguntó si se trataba de Zoé Lavine.

—Acostumbro a preocuparme por el buen estado físico de mis clientes, sargento. El marido de Zoé me dijo que ella había desaparecido y es natural que, al hablarme usted de esa mujer que había en la clínica, preguntase si era Zoé Lavine.

Mac Coy dio unos pases por la habitación. De pronto se detuvo, apuntó con el índice a su víctima y dijo:

—¿Qué pretende al esconder a Zoé Lavine, Audax?

Martin dio un suspiro.

—Pero, sargento, ¿cómo voy a esconder a mi cliente estando citada en la Fiscalía del Distrito mañana? ¿Me cree ciertamente tan torpe? ¡Ni siquiera sabía que la habían soltado!

—¿Qué fue a hacer en el Club 45 esta noche?

—Fui a conocer la situación en que había quedado el negocio después de la muerte de Kraft.

—¿Nada más? ¿Quiere que me lo crea? Conoce usted allí a una mujer y horas más tarde es encontrada en estado preagónico.

—¿Qué quiere que declare? ¿Qué yo lo hice? ¿Qué no me gustó la longitud de sus pestañas y la quité de en medio?

—¡Usted se trae algo entre manos!

—¡Naturalmente, sargento! ¡Estoy investigando el asesinato de Kraft por mi cuenta! ¡Nadie me puede impedir en este país que lo

haga! ¡Yo no entorpezco la labor de la policía ni he pedido ayuda a ustedes! ¡Y escuche esto, sargento…! Si tan seguros están de haber cazado al culpable, ¿por qué se interesan tanto por los pasos que yo doy? A juicio de ustedes existen pruebas suficientes que acreditan la culpabilidad de Zoé Lavine. Ella fue quien introdujo al pingüino en el departamento de Anthony Kraft… Tienen las huellas dactilares, tienen las cartas, tienen las horas en blanco de Zoé que coinciden con las que se perpetraba el crimen. Y ahora pueden añadir su fuga. Está claro, ¿verdad? ¡Pues, déjenme en paz!

Los dos hombres se miraron en silencio.

Mac Coy tragó saliva. Era difícil replicar a lo sugerido por el vendedor de ideas. Le relevó de hacerlo la reaparición del agente Duncan.

—¿Qué hay de eso? —preguntó el sargento.

—Fue en Los Ángeles como él ha dicho —contestó el interrogado—. Un asunto de contrabando de marihuana. El marido de una estrella de Hollywood encargó a Audax que averiguase la fuente en donde su esposa se abastecía. Estaba minando su salud haciéndole perder facultades artísticas. Audax consiguió destapar la olla, pero en lugar de denunciarlo quiso exprimir el jugo y aceptó dinero del *gang* contrabandista a cambio de su silencio. El marido de la estrella presentó una denuncia contra Audax, y el teniente Strong de la Brigada de Represión de Narcóticos la comprobó debidamente. Esto le costó a Audax la licencia. Salió bien librado porque hubo un político de altura que se interesó por el expediente, y además —Duncan hizo una pausa y agregó—. Audax había realizado anteriormente algunas cosillas buenas en colaboración con la policía…

Mac Coy observó la sonrisa que Martin dibujaba en su rostro.

—¿Tiene algo que decir, Audax?

—¡Seguro! Eso que acaba de oír es la versión del propio teniente Strong que figura en el expediente archivado. Oiga ahora la mía. Es cierto que el marido de la estrella me encargo lo de la marihuana. Pero lo que descubrí es que el *gang* contrabandista no sólo estaba integrado por gentes del hampa, sino que recibían protección de los elementos que precisamente debieran combatirlos. Cierto teniente de la Brigada de Represión de Narcóticos y cierto político de altura andaban metidos en el negocio. Cometí la tontería de irles con la

historia a ellos personalmente instándoles a que abandonasen sus cargos públicos. A las pocas horas de hacer eso, yo estaba detenido bajo acusación de complicidad en el contrabando de marihuana y otros narcóticos. Cinco testigos juraron que yo había intervenido de una u otra forma en el comercio ilícito y hasta a mi propio cliente lo tuve en contra. Me retiraron la licencia de detective particular, dejándome en libertad por los relevantes servicios que había prestado a la policía local. Particularmente se me dijo, como propina, que era muy posible que no viese la luz de un nuevo día si no ponía unos cuantos centenares de millas entre mis pies y la ciudad de Los Ángeles. Tuve que aceptar el consejo porque veía pocas probabilidades de conservar mi salud en la seca California.

Mac Coy escupió el mondadientes.

—Deme esa orden de arresto, Duncan.

El agente obedeció y cuando el sargento la tuvo es sus manos la rompió en cuatro pedazos.

—Quiero que corresponda a esto, Audax —murmuró dejando caer los papeles.

—Cuente con ello —repuso Martin levantándose.

El sargento acompañó al vendedor de ideas hasta la calle.

Estaba amaneciendo. El cielo aparecía cubierto por nubes de un gris plomo. Soplaba una brisa fresca, agradable. Docenas de hombres caminaban con paso rápido llevando bajo el brazo bocadillos envueltos en papel.

CAPÍTULO VIII

Martin, después de darse una ducha fría, entró en el dormitorio y vio que las saetas del reloj señalaban el mediodía. Habían transcurrido poco más de treinta y seis horas desde que fue encontrado muerto Anthony Kraft y alrededor de siete del fallecimiento de la pelirroja Iris.

Ambos crímenes continuaban impunes. Sabía muy poco de las andanzas de la policía, pero estaba dispuesto a apostar doble contra sencillo a que las investigaciones oficiales se habían reducido, hasta aquel momento, a un mar de comprobaciones de fichas, de consultas con los laboratorios especializados y de interrogatorios a los conocidos de las víctimas.

El único resultado que daba por seguro era el de que Zoé Lavine se había llevado el premio mayor de la acusación que se sorteaba; y que, en aquel instante, la policía se hallaría buscando a su rubia cliente con el afán de que la edición de los diarios de la noche se ocupasen de la competente sección de la Brigada de Homicidios en la que el sargento Mac Coy prodigaba los frutos de su cerebro.

Respecto al bárbaro apaleamiento de Iris, su mente se hacía varias preguntas que ansiaba tener contestadas cuanto antes. ¿Por qué Rodney Devoe había adoptado tan monstruosa decisión? ¿Qué era lo que había ocurrido después que él, Martin, hubo abandonado el Club 45? ¿De qué tenía miedo Rodney Devoe?

Comprobó que su pistola estaba a punto y la guardó en el bolsillo interior de la americana.

Salió a la calle, tomó un autobús y se apeó cerca de su despacho.

Entró en una cafetería y pidió huevos revueltos, café y la prensa.

El diario decía poca cosa referente al crimen del pingüino. Los periodistas no se habían atrevido a comentar la desaparición de Zoé Lavine. Hubiesen dado al público la impresión de que se trataba de una fuga, y en caso de que así no fuese y Zoé se presentase en la

Fiscalía a la hora acordada, resultaría fácil para el experto Comendy conseguir una fuerte indemnización de los *trusts* de prensa a costa del prejuicio causado a su cliente por predisponer al pueblo, y por tanto a los futuros miembros del jurado, en su contra.

La noticia de la muerte de Iris Tapley se insertaba en la sección de última hora. Ocupaba cinco líneas. Era una mujer de vida fácil y su forma de morir, no apasionaría, en verdad, a los lectores. Muchos centenares de personas morían accidentalmente al cabo del año y tales hechos sólo interesaban a los familiares de las víctimas. Las cinco líneas que el diario dedicaba a Iris Tapley dejaban entrever que la mujer había sido atropellada por un automóvil y que éste huyó sin dejar rastro.

Martin levantó los ojos de la página que leía y se encontró con los de un hombre que se apresuró a desviarlos.

Fue esta precipitación la que llamó la atención del vendedor de ideas. Tenía todo el aspecto de un policía. Llegó a esta conclusión después de una detenida observación. En Los Ángeles había tenido la oportunidad de conocerlos a fondo. Su sistema de trabajo, sus reacciones y… sus fallos.

Martin sonrió. Así, pues, el sargento Mac Coy le había destinado un guardián. ¿Qué creía? ¿Qué los conduciría al lugar donde se encontraba Zoé Lavine?

Un muchacho con camisa rameada tropezó con su pie y se excusó. Martin dijo que no había sido nada. El joven sonrió sentándose a la mesa vecina. Llevaba una revista bajo el brazo y la desplegó e hizo pasar las hojas. Audax apartó la mirada y se ocupó del policía.

Ahora estaba junto al mostrador tomando una taza de café. Otro fallo. Había dejado unos centavos sobre la superficie de madera en previsión de que el vigilado saliese inopinadamente del local.

—¿Le gustan las palabras cruzadas? —dijo el muchacho.

Martin giró la cabeza.

—No siempre —contestó—. Cuando estoy desocupado.

—Instruyen, mucho, ¿eh? —murmuró el otro esgrimiendo un lápiz en la mano.

Había doblado la revista por la parte correspondiente al crucigrama.

Llegaron los huevos revueltos y el café y Martin se dispuso a

hacerles los honores.

—Nombre femenino de tres letras —dijo el crucigramista—. ¿Qué le parece? Es difícil, ¿eh?

Martin no replicó, entretenido en engullir un pedazo de pan rebozado con yema y tómate.

—A ver, a ver… —Siguió indiferente el de la camisa floreada—. Creo que lo tengo. Zoé… debe ser Zoé.

Audax dio un respingo, atragantándose. Miró nuevamente a su vecino.

—¿Le ocurre algo, míster? —inquirió el joven.

—Nada… —contestó Audax asaeteándole el rostro.

Continuó comiendo, y el otro habló nuevamente en voz alta y clara.

—Calle de Nueva York… Ha de ocupar siete espacios… Podía ser difícil, pero estoy en vena… ¿eh, míster…? Le juego un billete de diez dólares a que lo acierto a la primera.

Martin se volvió. Transcurrieron tres segundos antes de que hablase.

—Son tuyos los diez si lo haces.

El muchacho sonrió.

—Sencillísimo. 73 Oeste.

Lo era.

Martin movió la cabeza, asintiendo, y dijo:

—¿Qué viene ahora?

El joven echó una ojeada al texto del entretenimiento, y luego habló:

—Número de dos cifras.

—Seguro que también lo sabes.

—¿Van otros diez dólares?

—Van.

—Es el 24.

—¿Qué más?

—Veamos, veamos… Cinco, horizontal. Número de habitación. ¿Diez machacantes?

—Eso es lo más fácil de todo. Cinco dólares es también una buena apuesta si se gana.

—Diez son mejor.

Martin se mordió el labio inferior y afirmó rozando la barbilla

con el pecho.

—El número es el 9.

—¿No hay error?

—Soy el mejor crucigramista de la ciudad, míster —dijo el muchacho sin abandonar la sonrisa—. Y ahora afloje la pasta.

—Un policía me vigila.

—Lo sé. Es un tontaina. Saque los treinta y póngalos bajo el plato de esa porquería que come. Cuando quiera catar unos buenos huevos revueltos vaya a diez Paul, a la salida del subterráneo en la calle de Italia, la 80.

—¿Cómo sabré que «la solución» es exacta?

—Correrá el riesgo. Pero si le sirve de algo, esta vez no miento.

—Vendrás conmigo y te pagaré allí.

—Nada de eso, míster. Afloje la mosca como le he dicho. Nunca me ha gustado el papel de confidente de la policía. No me obligue a serlo ahora.

—De acuerdo —convino Martin.

El policía fumaba un cigarrillo y parecía estar preocupado por la longitud de sus uñas.

El vendedor sacó treinta dólares, colocándolos bajo el plato. Su informante soltó una risita.

—¿Cuánto daría, míster, porque le quitase el cuervo de encima?

Martin sopesó la propuesta y dijo:

—Diez más.

—Veinticinco y es barato.

Martin no estaba en disposición de regatear.

—¿Cuál es la idea?

—Discutiremos y usted me pegará. Si lo hace fuerte el costará más caro.

—Seré suave.

—El poli vendrá y yo me las arreglaré para retenerlo. Salga usted sin mirar atrás. Empiece ya.

Martin se incorporó, alargó la mano, levantó en vilo al muchacho y le estrelló en la mandíbula el puño derecho. El agredido cayó sobre la mesa cercana en la que un hombre esperaba su pedido.

Alguien gritó e inmediatamente docenas de cabezas giraron hacia el lugar de la pelea.

El joven se lanzó sobre Audax con la furia de un toro. Hubo un intercambio de golpes. Martin, fiado en la pantomima acordada, no subió la guardia y recibió un trallazo junto a la oreja derecha.

De pronto un hombre surgió entre ambos contendientes, el policía.

—¡Quietos los dos! —ordenó.

—¡Suélteme…! ¡Suélteme! —dijo el muchacho como si repentinamente fuese víctima de un acceso de locura—. ¡Lo voy a pisotear!

En realidad fue él quién se agarró tenazmente al guardián de Martin.

Los clientes se acercaban rápidamente para saber la causa de la trifulca. Audax le dio a las piernas con velocidad hacia la puerta.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó el policía, llamándolo.

—¡Déjeme…! ¡Déjeme! —decía el muchacho con los labios apretados y enredando piernas y manos en el cuerpo del representante de la autoridad.

Martin ganó la calle, dejando el escándalo a sus espaldas.

Diez metros más arriba encontró un taxi y dio al conductor la dirección de la calle 73 Oeste, número 52. No indicó el 24 ante la posibilidad de que el coche volviese a su anterior parada y la policía investigase.

Llegado a su destino, bajó del taxi, pagó y, después de verlo doblar una esquina, se encaminó al número 24. Lo ocupaba un edificio antiguo color marrón oscuro.

El encargado era un viejo que se balanceaba en una mecedora mientras leía un libro de tapas gastadas. Ni siquiera levantó la cabeza para mirar cuando Martin pasó de largo frente a él.

De dos en dos tramos subió la escalera. El departamento 9 estaba situado en la segunda planta. Llamó suavemente. Pasados unos segundos oyó pasos en el interior, corrieron el pestillo y la puerta se abrió unos centímetros. En el resquicio aparecieron los grandes ojos verdes de Zoé Lavine. Martin empujó con el hombro y entró. Ella se retiró y el vendedor cerró tras de sí.

La rubia estaba en combinación. Una combinación de seda natural azul claro que dejaba al descubierto una cuarta parte de su personalidad. Tenía el cabello en desorden. Un vestido jaspeado en verde colgaba de las patas de una cama deshecha. Encima de la

almohada había un cenicero lleno de colillas. En la mesilla de noche adyacente estaban muy próximos un vaso y una botella de *whisky*.

—Hola, Martin —dijo sonriendo Zoé con voz no muy segura.

Audax no correspondió al saludo. Echó un vistazo a la habitación, pasó a otra más estrecha aún, la cual se hallaba vacía, y volvió junto a su cliente. Se quedó mirándola fijamente.

—¿Por qué pones esa cara, Martin? —dijo ella doblando la cabeza—. Querido Martin… No sabes cuánto he pensado en ti…

Se acercó a él dando traspiés y le echó los brazos al cuello.

Martin continuó impasible.

Zoé lo besó en las comisuras de los labios.

—Anda, bebe conmigo… Es un *whisky* condenadamente bueno… El viejo me lo trajo, ¿sabes?… un viejo simpático…

Se separó de Audax, fue a la mesilla de noche y escanció en el vaso. El vendedor se acercó a ella y le quitó el recipiente.

—No seas malo, Martin… No seas malo… Me dejarás beber un traguito… sólo un traguito…

—Ya bebió bastante…

—No sea malo.

Audax lanzó una imprecación por no tener a mano un cuarto de baño. Una buena ducha era lo que necesitaba *Miss* Nevada.

—Siéntese, Zoé —dijo él con voz enérgica.

La rubia parpadeó varias veces y se sentó en la cama. La combinación quedó por encima de las rodillas y un tirante le resbaló del hombro. Puso una cara de niña traviesa dispuesta a oír la recriminación de la persona mayor. Con ello desarmó a Martin. Éste se pasó la mano por el cogote y dio unos pasos por la habitación.

—Esto me pasa por estúpido.

Zoé gorjeó alegremente. Él se detuvo y abrió los brazos.

—¿No se da cuenta del lío en que está metida? —dijo—. ¿No sabe que con mi presencia aquí me coloco al margen de la ley?

—¡Estupendo, Martin…! ¡Somos dos fugitivos…! ¡Dos perseguidos por la justicia!

—¿Por qué me mandó llamar?

Zoé soltó una carcajada, larga y estrepitosa. Martin llegó a ella y la zarandeó fuertemente.

—¡Diga! ¿Por qué me llamó?

La hembra aturdióse y borró la sonrisa del rostro. De pronto se echó a llorar.

El vendedor dejó de apretar los suaves brazos. Zoé sepultó su rubia cabeza en la almohada y continuó los sollozos.

—Oh, Martin… Martin… déjeme…

Martin se encogió de hombros, tomó el vaso de *whisky* y bebió el contenido de un trago. Luego encendió un cigarrillo.

Al fin, la fugitiva irguió el busto. Un busto que había constituido el cincuenta por ciento del éxito en la consecución del todavía no lejano campeonato de belleza.

—Quiero confesártelo todo, Martin… eso es, todo… —dijo entre hipos.

—Estoy esperando.

Zoé secó las lágrimas con un pañuelo que sacó de bajo la almohada.

—Yo… yo maté… quiero decir que yo introduje al pingüino en el departamento de Anthony… Kraft…

—¿Eso hizo?

—Únicamente yo.

—¿Por qué me contrató entonces para recuperar las cartas si tenía pensada de antemano la eliminación de Kraft? ¿Qué papel desempeñaba yo en sus planes?

—Cuando fui a tu despacho el otro día no tenía pensado matarlo. Fue… fue casual…

—Me deja usted con la boca abierta…

—¿Por qué te obstinas en llamarme de usted…? ¡Te estoy tuteando, Martin!

—Tengo mi propia organización de trabajo. Durante las horas de él, cuando hablo a un cliente, lo trato como a tal.

—¡Vete al infierno! —exclamó Zoé con rabia.

—Continuemos. Era muy interesante lo que me decía. Hemos quedado en que usted mató a Kraft casualmente… Explique eso…

La rubia enarcó las cejas como intentando recuperar el hilo del relato.

—Sí, fue casual… Después de hacerte el encargo… fui a casa y Tony me llamó…

—¿A qué hora?

—Hacia las once y media. Ya había hablado contigo. Me dijo

que estaba arrepentido de su conducta hacia mí. Que si me había pedido dinero era porque lo necesitaba, pero que a partir de hacía unas horas todo había cambiado. Agregó que te había citado en su piso para devolver las cartas, pero que se le ocurrió, después de tú marcharte, que lo mejor era entregármelas personalmente. Me rogó que fuese a su departamento a las once.

—¿Por qué no me llamó a mi despacho y me ahorro el viaje?

—Estaba confusa. No sabía qué hacer. Al principio no pensé acudir a la cita. Después de todo, te había pagado ya para que fueses tú quien las recuperase. A medida que fue aproximándose la hora me fui poniendo más nerviosa…

—Y terminó por ir.

—Sí. Pensé que era cierto lo que decía Tony, que estaba arrepentido de su vil chantaje y, sobre todo, que si yo no iba, podía enfurecerse y no darte las cartas, cometiendo entonces la barbaridad con la que me había amenazado para conseguir el dinero, enviándolas a mi marido…

—Continúe.

—Llegué allí a las once menos diez. Me recibió con una sonrisa y nos sentamos. Me ofreció una copa de licor y entonces me di cuenta de que no debía haber ido.

—¿Por qué?

—Tony había bebido más de la cuenta. Yo intenté ir al grano diciéndole que me diese las cartas, que tenía que marcharme a casa porque aquella noche esperaba el regreso de mi esposo… Tony río, sin hacerme caso, e intentó besarme Me levanté y forcejeé con él. No sé cómo fue. Debí darle un empujón y, de pronto, lo vi tendido en el suelo… sin conocimiento… Mi primer impulso fue echar a correr, pero me detuve al recordar el motivo que me había llevado a aquella casa… Me agaché sobre el cuerpo de Tony y busqué en sus bolsillos. No llevaba las cartas encima… Sentí rabia, un odio terrible contra aquel hombre que se había burlado de mí tan cruelmente… Fue algo infrahumano, deseé su muerte… quería verlo así, como estaba, con los ojos cerrados para siempre… Pero yo no podía, no quería matarlo… De pronto, recordé… ¡el pingüino de Barnaby Custer…! ¡También odiaba a Tony…! Lo había atacado en una ocasión…

—Pero el pingüino se hallaba muy lejos del hotel…

—No. Lo tenía Barnaby en su departamento.

—Termine la historia —gruñó Audax asintiendo.

—Fui al departamento de Barnaby. Sabía que no estaba él. Por la mañana me había dicho que cenaría con un amigo. El pingüino me conoce y fue fácil llevármelo tras de mí. Era una hora de casi nulo movimiento en los ascensores y pasillos y pudimos llegar a las habitaciones de Tony sin novedad.

Zoé hizo una pausa y señaló la botella de *whisky*.

Martin volcó la botella y echó en el vaso un par de dedos de líquido.

Ella bebió un pequeño sorbo y quedó con el recipiente de cristal en la mano.

—¿Qué pasó? —La animó a seguir él.

—¿Le gusta lo macabro? —inquirió la rutilante hembra.

—Me enloquece. Adelante…

—En cuanto el pingüino descubrió a Tony… se abalanzó sobre él… ¡oh, fue horroroso…! Lo hubiera detenido si hubiera podido… pero el pájaro estaba como loco… aleteando, soltando graznidos, picoteando…

—¿Y no volvió en sí Kraft al sentir el primer picotazo…?

—«Vick» no le dio oportunidad de hacerlo. Debió tocarle un punto sensible, la sien probablemente… Lo cierto es que no se movió…

—¿Qué hizo usted entonces?

—Dejé obrar al pingüino y busqué las cartas. Las encontré en su despacho, bajo una carpeta. Al salir tropecé y el paquete de cartas fue a caer cerca del charco de sangre… ¡Oh, por qué me hace repetir…!

—Fue usted quien me hizo llamar para confesar su crimen:

Zoé movió la cabeza nerviosamente.

—Es cierto —dijo.

—Dejó al pingüino allí y se marchó.

—Sí, fue cuando me debió ver el encargado del registro.

—¿Cómo fue que escogió a ese muchacho para enviarme el mensaje?

—Es sobrino del viejo de abajo.

—¿De qué los conoce?

—No los conocía. Busqué un refugio alejado y seguro. Después

de huir de mi esposo y de Comendy anduve vagando sin dirección. Llegué por este distrito y encontré a la puerta de la calle al viejo. Empecé a sondearle, simpatizamos… y el resto lo hizo el dinero. El viejo se conformó con poco, pero el muchacho ha sacado tajada.

Martin no necesitaba que le dijesen lo que era el crucigramista.

—¿No hay nada más? —preguntó.

—Uso es todo.

Martin dio unos pasos por el cuarto. Se detuvo junto a la puerta.

—¿Y qué espera de mí? —Inquino pellizcándose la barbilla.

—Que me ayudes a salir de aquí. Soy culpable, pero hice un favor a la sociedad al eliminar a un hombre de la catadura de Tony.

—Estoy conforme en que Kraft era un mal bicho, pero la sociedad tiene sus leyes y los hombres que han de hacerlas cumplir.

Zoé abrió los ojos.

—Es que… ¿es que no me vas a ayudar?

Hubo unos segundos de silencio. Al fin, el vendedor contestó:

—Sí, Zoé, la voy a ayudar… Pero tendrá que esperar aquí algún tiempo. Ahora es imposible que salga… Me tengo que marchar solo. Volveré.

—¡No…! ¡Me entregarías a la policía! ¡No lo hagas, Martin!

—No voy a hacer nada de eso, Zoé. Se lo prometo.

—¿Es tu palabra de honor?

—Lo es. Y quiero la suya a cambio.

—¿Sobre qué?

—Ha de prometer que continuará en esta habitación hasta que yo vuelva.

Zoé distendió los labios en una sonrisa suave, se puso de puntillas y besó a Martin en la boca.

—Prometido —dijo separándose de él.

El vendedor de ideas salió de la habitación y se dirigió hacia la escalera.

Pasó la lengua por los labios y notó amargura. Era el beso de Zoé Lavine.

CAPÍTULO IX

Martin disco el número de teléfono de la residencia de los Lavine.

Se puso el mayordomo que ya conocía.

—Residencia de los señores Lavine. ¿Quién llama?

—Gary Cooper… desde Hollywood, California…

—¿Cómo…? ¡Señor Cooper! ¿Ha dicho…?

—Eso he dicho. Llame a su señor.

El mayordomo se hizo un lío, pero al fin soltó el micro. A los dos minutos lo tomó Sam Lavine.

—¿Es cierto que es usted…?

—Aquí, Audax, Martin Audax…

—Entonces…

—Elimino dificultades. Esa momia que tiene usted ahí se cree que sirve a los reyes de Inglaterra.

—¡Señor Audax!

—Déjese de aspavientos, señor Lavine. Lo espero dentro de quince minutos en el club Athletic de Wilmington.

—¿Para qué?

—Para hacer una visita.

—¿Una visita? ¿A quién?

—¿Conoce a Barnaby Custer?

—¿El del pingüino?

—Sí.

—Es un conocido de mi mujer, pero yo no lo he visto nunca.

—Ahora lo verá.

—¿Quiere insinuar que ese Barnaby sabe dónde está Zoé?

—Ese Barnaby es el amante de su mujer.

Martin esperó el resultado de su manifestación. Fue la onda explosiva de una tonelada de nitroglicerina.

—¡Audax…! ¡Eso le costará caro! ¡Lo demandaré por libelo!

—Club Athletic de Wilmington —dijo el vendedor con suavidad —. No esperaré más de quince minutos.

Luego colgó.

En el club Athletic dijo al conserje que lo esperaba el señor Lavine. Martin había elegido aquel lugar por hallarse a unos doscientos metros de distancia de la casa de Barnaby Custer y suponer que Sam Lavine sería socio del club. Era la asociación de la crema de la Quinta Avenida.

A los diez minutos de estar hundido en un majestuoso sillón situado en una amplia sala, llegó resoplando Sam.

Martin se puso en pie.

—Es una de sus tretas… ¿eh, Audax? —dijo Lavine esperanzado.

—Vamos, se hace tarde —murmuró el vendedor marchando hacia la salida.

Anduvieron en silencio el trecho que separaba el club de la casa de Barnaby. Ésta se hallaba rodeada de un jardín limitado por una verja de hierro. Encontraron la puerta con una hoja abierta y se introdujeron. El jardín estaba débilmente iluminado. Pisaron por un camino de grava y subieron los cinco peldaños de mármol de una escalera semicircular.

Martin pulsó el timbre. Sam lo miró inquisitivamente. Al cabo de un minuto aquél volvió a llamar.

—¿Lo espera él? —preguntó Lavine.

—No.

—Puede que no esté.

—Pues tenemos que entrar.

—¿Por qué no habla claro? ¿Está mi esposa dentro?

—No.

—¿Entonces?

—Barnaby es el…

—¡No lo repita! —exclamó Sam.

Martin decidió obrar por su cuenta.

—Espere aquí —dijo descendiendo la escalera.

—¿Qué va a hacer?

—Intentar entrar. Las ventanas de esta casa son bajas.

—Eso es ilegal, Audax.

Martin ignoró el comentario y dobló la esquina de la casa. Tanteó en la primera ventana sin que la consiguiese mover. Igual

resultado obtuvo con la segunda. En la tercera no necesitó esforzarse. Las hojas estaban entornadas y al empujarlas quedaron abiertas. Dentro remaba la oscuridad. De un salto se sentó en el alféizar, pasó las piernas y se dejó caer suavemente al otro lado.

Su codo tropezó con algo y se quedó quieto, en cuclillas, esperando. Nada vino a turbar el silencio.

Sacó el encendedor y el chasquido que produjo sonó como un latigazo. La llama fue bastante para iluminar la habitación. Era utilizada por el inquilino de la casa como despacho. Había una mesa y varios sillones estilo Renacimiento y una biblioteca que ocupaba dos paredes hasta el techo.

Martin se acercó a la mesa y vio encima, además de los usuales objetos de escritorio, un portarretratos. La fotografía que lo ocupaba reflejaba el rostro de una bella mujer de unos treinta y cinco años, morena, de ojos vivaces e inteligentes. La dedicatoria decía: «A Barnaby, mi marido, mi amor, de su Eleanor». La rúbrica eran unos trazos curvilíneos que no dijeron nada al vendedor de ideas porque no era grafólogo…

Se iba a retirar cuando llamó su atención un calendario de hojas movibles. Estaba abierto por la correspondiente al 7 de junio y aquel día era el 14. Pasó la siguiente hoja y vio que señalaba el 15. Así, pues, habían sido arrancadas las comprendidas entre las últimas fechas. Justamente una semana.

Se entretuvo en retroceder, partiendo del día 7. Algunas hojas estaban en blanco, otras contenían algunas notas escritas con pluma.

«Ver a Burney». «Escribir Paul». «Comprar el libro de Smith sobre los esquimales» y muchos más recordatorios por el estilo.

El del 12 de mayo le intrigó. Decía: «Cena con A. Shelley».

Continuó viendo hojas hasta llegar al mes de abril. Después abandonó el examen.

Se dirigió a la puerta que comunicaba con el interior de la casa y la abrió. A la izquierda había un pasillo que conducía a la entrada. Recordó que Sam Lavine estaría esperando.

Caminó por el pasillo y a los cinco metros encontró otra puerta. Hizo girar el picaporte y una leve racha de aire apagó el encendedor.

Se quedó inmóvil, sintiendo erizársele el vello, contemplando

dos ascuas que brillaban en las tinieblas.

Eran dos ojos fosforescentes que lo miraban con malignidad.

Movió la mano todo lo rápido que pudo y sacó la pistola. Buscó inútilmente el conmutador de la luz.

Tragó saliva y dijo:

—Quédese quieto dónde está.

La orden fue obedecida. Los ojos, siempre abiertos, no se movieron.

Martin cambió el encendedor de mano y al hacerlo se le cayó. El contratiempo lo puso más nervioso aún.

—No intente nada —dijo con voz que quiso ser enérgica—. Vaciaré el cargador si le oigo moverse.

Sin apartar la mirada de las pupilas centelleantes se agachó poco a poco hasta colocar la palma de la mano sobre el suelo. Luego tanteó a sus pies buscando el encendedor. Soltó una maldición para sus adentros y deslizó ahora sus dedos por la superficie encerada del piso. Adelantó unos centímetros los pies para abarcar más en la pesquisa.

De pronto, tocó algo blando y frío.

El estremecimiento de su espina dorsal lo echó hacia delante e instintivamente, para no caer, corrió más allá la mano.

Tropezó con un manojo de cabellos. Conteniendo la respiración, vigilando los ojos que le asaeteaban en la oscuridad, sintiendo que el corazón le retumbaba en el pecho como si fuese a estallar, comprobó que lo que sus dedos rozaban era el rostro de una persona. Cuando los retiró estaban impregnados de un líquido pegajoso. No dudó en lo que pudiera ser. ¡Sangre!

Tuvo la sensación de que se detenía el reloj del tiempo, de que llevaba siglos y siglos contemplando aquellos puntos que brillaban en el espacio negro.

Se incorporó lentamente porque tenía las piernas agarrotadas y parecía luchar con una fuerza que lo clavaba en el suelo.

Súbitamente creyó ver moverse los ojos.

¡Sí, los tenía más cerca!

—¡He dicho que se quede ahí! —gritó.

Sintió náuseas y no se asombró al percatarse de que la mano armada le temblaba.

¡Nuevamente las ascuas se aproximaron!

Martin retrocedió apretando con fuerza la culata de la pistola.

Su espalda chocó contra la pared. El golpe le acabó de desatar los nervios.

Apretó el gatillo por instinto y sonó un estampido. Tuvo la seguridad de que el proyectil había ido a alojarse en el cuerpo que tenía enfrente.

¡Pero no oyó un quejido y las pupilas continuaron mirándole!

—¿Una bala es poco? —exclamó—. ¡Ahí van las que quedan!

Disparó una, dos, tres veces… La atmósfera se llenó del olor de la pólvora.

¡Y los ojos siguieron allá!

El vendedor de ideas creyó volverse loco. ¿Qué ser podía aguantar cuatro balazos y continuar en pie?

Hubiese dado años de su vida por despertar de aquella pesadilla en la cama de su departamento.

Su zapato derecho pisó algo. ¡El encendedor! Agachándose sin las precauciones de antes, lo cogió y apretó. La llama iluminó la estancia.

Fue víctima de un nuevo estremecimiento al contemplar a la figura poseedora de los extraños ojos. ¡Un pingüino! Pero era un pingüino colocado sobre una pequeña plataforma de madera y… ¡disecado!



Fué victima de un nuevo estremecimiento...

Lanzó una interjección y miró hacia el otro lado.

Barnaby Custer estaba tendido en el suelo. Había sido muerto de la misma forma que Anthony Kraft. La garganta, el pecho y uno de los ojos horriblemente mutilados. Tampoco faltaba el charco de sangre junto a uno de sus brazos.

Súbitamente sonó un timbrazo cercano. Llamaban a la puerta de la calle.

Martin salió de la habitación y en el pasillo vio el conmutador que había buscado dentro. Hubiese sonreído si lo que acababa de ver no hubiese sido tan trágico. Encendió y continuó andando, mientras guardaba la pistola. Abrió a Sam Lavine.

El hombrecillo entró haciendo aspavientos.

—¿Qué han sido esos disparos? —preguntó.

—Vi dos ojos en la oscuridad y me llenaron de pánico. Acribillé a un bicho disecado…

—¿Y cómo diablos ha tardado tanto en abrir?

—Encontré a Barnaby…

—¿Por qué no ha esperado? ¡Soy yo el que debo hablar con él!

—De acuerdo.

—¿Dónde está?

—Primera habitación a la derecha.

Sam se adelantó con decisión y Martin lo siguió.

El marido de Zoé dobló en el sentido indicado por el vendedor y pegó un aullido, quedándose inmóvil.

Martin sin inmutarse, pasó a su lado.

—Ahí lo tiene —declaró—. Barnaby Custer, el más famoso explorador del Polo Sur en los últimos tiempos…

—¡Lo mismo que Kraft! —exclamó el otro cogiéndose con las manos los mofletes.

—Sí, lo mismo que Kraft.

Sam apartó la mirada, observando al pingüino disecado. Lo señaló con el índice, diciendo:

—¡Y ese…!

—No, ése no es «Vick».

—¿Dónde está? —preguntó Lavine, asustado.

—No lo sé. Quizá en alguna parte escondido.

Martin se volvió observando la habitación. Era una especie de museo del explorador. En un rincón había también una foca disecada y a ambos lados de ella grandes vitrinas conteniendo en sus anaqueles multitud de objetos. Cada uno de ellos estaba acompañado por una ficha explicativa. Por la lectura de ellas se deducía que Custer no se había limitado a viajar por el Polo Sur, sino que también lo había hecho por el Norte, estableciendo

contacto con los heterogéneos pueblos esquimales.

Había arcos, aljabas y flechas de los esquimales del cobre y de los netsilik, arpones con propulsor y vejiga, lanzas pesqueras, lanzas para focas y azagayas para aves, utilizados por las tribus de la Groenlandia occidental; bolsos de cazador de piel de karibu[2], cucharones de cuerno de buey almizclado, clavos curvados para la caza de la foca en el respiradero, lámparas de aceite, vasijas de madera para grasa y ollas de tierra, infinidad de instrumentos pertenecientes a la cultura neoesquimal de Thule.

Martin detuvo la mirada en una de las fichas. Estaba vacío el espacio en que debiera hallarse el objeto a que se refería. «Utensilio para enderezar cuernos, de los esquimales netsilik». El objeto que seguía era un raspador de hueso de los karibu y el anterior un cuchillo con hoja de mandíbula de tiburón, de los esquimales Angsmagssalik.

Martin oyó una tos a su espalda. Giró la cabeza y vio el rostro de Sam Lavine, todavía con el miedo pintado en él.

—Audax, ¿ha… ha avisado a la policía?

—No he tenido tiempo de hacerlo. Hágalo usted.

—Bien —accedió el hombrecillo y se volvió para salir. Se detuvo y de soslayo añadió—: ¿Dónde está el teléfono?

—En la habitación que sigue, sobre la mesa de despacho.

—¿Pido la Brigada de Homicidios?

—Sí, pregunte por el sargento Mac Coy.

El marido de *Miss*, Nevada desapareció.

Martin se apresuró en acudir al lado del cadáver. Se agachó y registró los bolsillos. Sacó del interior de la americana la cartera y la abrió. Entre dos tarjetas del explorador había un papelito color rosa. En él se leía:

«Sam sale mañana de Nueva York. Z. 10 de junio».

Oyó la voz lejana de Lavine comunicando a la policía el nuevo acontecimiento. Guardó la misiva en su bolsillo y devolvió la cartera al muerto.

Hizo otra inspección al cuarto sin resultado positivo y volvió Sam.

—¿Encontró a Mac Coy? —preguntó Martin.

—Llegó cuando yo llamaba.

—¿Cómo ha encajado la noticia?

—Me mandó al infierno cuando le dije que ha sido usted el descubridor del cadáver.

—Debe acostumbrarse.

Audax fue hacia la puerta.

—Bien, hasta la vista… —se despidió.

Sam abrió los ojos con espanto.

—¿Se va?

—Tengo trabajo en otra parte.

—Pero… pero eso no le gustará al sargento…

—Dígale que lo veré más tarde…

—¡Pero no debe faltar ya mucho para que llegue! ¡Dijo que venía volando!

—¿En helicóptero? —dijo Martin y dirigió sus pasos hacia la salida.

Caminaba por el sendero de grava hacia la calle cuando oyó unos golpes. Se detuvo y escuchó. Procedían de la parte izquierda de la casa. Retrocedió y dio la vuelta.

Vio un sótano con puerta de madera que temblaba a cada nuevo porrazo. Cogió el pasamano y tiró. No tembló al ver lo que había dentro. Ya lo esperaba. Allí estaba «Vick» aleteando y soltando de vez en cuando un trompetazo. El pájaro bobo hizo honor a su calificativo y él fue el que quedó sorprendido. Cesó en sus movimientos y escudriñó al hombre como si quisiese saber si era amigo o enemigo.

Martin dijo:

—Bien, Vick. Tendrás que continuar ahí. Pero por poco tiempo.

Después cerró y se alejó de la residencia Custer.

Cuando se hallaba a unos cincuenta metros del Athletic Club de Wilmington se cruzó con los coches policíacos que devoraban el pavimento haciendo gemir las sirenas.

El conserje del club lo miró y no le puso dificultad ninguna al verlo entrar.

Buscó la biblioteca y se acercó a un hombre con traje gris y botones dorados que se hallaba sentado a una mesa leyendo un grueso tomo.

—¿Los leyó todos, Séneca? —dijo Martin.

—Eh… eh… —repuso el otro levantando la mirada del libro.

—Decía que esto es un pozo de sabiduría.

—Oh, sí… una de las mejores bibliotecas del país.

—Habrá costado un buen puñado de billetes.

El bibliotecario parpadeó y olfateó.

—Sí, mucho dinero.

—Bueno, quisiera darme un baño de cultura… Mañana tomo parte en un concurso radiofónico y quiero llevarme la máquina lavaplatos…

El interlocutor de Martin arqueó las cejas. No estaba muy seguro del terreno que pisaba, pero dijo:

—¿Qué prefiere?

—Desearía documentarme sobre los esquimales.

—¿Los… los esquimales? —repitió el otro no dando crédito a lo que oía.

El encargado miró a Martin con curiosidad y luego movió la cabeza afirmativamente. Se desplazó hacia un fichero cercano, abrió uno de los cajones, tiró de él y a los pocos segundos sacó una tarjeta.

—«Los pueblos esquimales —leyó en voz alta—. Su vida y sus costumbres. Ilustrado con quinientas treinta y dos fotografías y seis mapas en colores. Por James Chesterfield».

—¿El de los cigarrillos?

El bibliotecario soltó un gemido.

—Oh, no… Este Chesterfield es un pastor baptista. Ha vivido cincuenta años en Alaska y Groenlandia… Bueno, enseguida se lo traigo, puede sentarse mientras tanto…

Minutos más tarde, Martin tenía el libro a su disposición.

Indagó en el índice de grabados y corrió el dedo por la apretada columna de los textos. Halló lo que buscaba en la tercera hoja consultada. Se fijó en el número de página a que remitía y la buscó.

El utensilio para enderezar cuernos, perteneciente a los esquimales netsilik, era un objeto también de cuerno de reno, de unos treinta y cinco centímetros de longitud. Ancho por la parte superior, que conservaba tres ramificaciones a manera de apéndices, con un agujero en la parte central, y que iba estrechándose hacia su extremo inferior hasta terminar casi en punta.

Martín sacó el bloc que llevaba siempre consigo y dibujó el instrumento.

Volvió junto al bibliotecario y le alargó el tomo, en unión de cinco dólares.

El otro carraspeó al ver el dinero.

—No, no lo puedo admitir…

—Déjese de pamplinas. Es poco para lo que le puedan dar los ricachones…

—No me dan nada.

—Bueno, admita esto. Lo que he sacado de aquí vale la máquina lavaplatos… Mi mujer no me perdonaría si no se lo agradeciese…

Al fin aceptó los cinco dólares y Martin se despidió.

Un taxi lo dejó a las puertas del Excelsior.

Cruzó rápidamente el vestíbulo hacia el ascensor, pero un hombre salió del *comptoir*, diciendo:

—¡Espere…! ¡Espere!

Martin le hizo frente.

—¿Se quema el hotel? —preguntó con inocencia.

El del registro, un hombre con abundante grasa, le miró detenidamente.

—Si no está hospedado, tiene que decir adónde va.

—¿Quién ordenó eso?

—Mac Coy.

—¿El del trust conservero de tomates?

—¡No! ¡El sargento Mac Coy, de la Brigada de Homicidios!

—Eso no va conmigo.

—¿No?

—¡Y se atreve…! ¡No puedo acatar ninguna orden de un sargento! —chilló Martin con decisión—. ¡En mi país tengo por debajo de mí a mariscales!

—Que… que… —tartamudeó el obseso—. ¿Quién… quién es usted, caballero?

—Alexis Karamazof, de la Delegación de la URSS, en las Naciones Unidas —declaró Audax irguiendo la barbilla.

En aquel instante la jaula del ascensor llegó abajo y el empleado pelirrojo que ya conocía Martin abrió la puerta. El vendedor de ideas se metió dentro sin esperar la respuesta que su asombrado interlocutor intentaba encontrar.

El muchacho apretó el botón velozmente.

—Gracias —dijo Audax, le dio un dólar y añadió—: Aparte de lo del pingüino, ¿no encontraste nada extraño el día del asesinato del señor Kraft o en los días anteriores?

El pelirrojo miró al techo del ascensor intentando recordar. Luego movió la cabeza negativamente.

—¿Dinero? —dijo Martin.

—No, esta vez no es eso. Se lo diría sin más propinas. Pero no me acuerdo de nada extraño que ocurriera. ¿Va a la planta de Kraft?

—Sí, a la misma. Dentro de unos minutos bajaré. Intenta otra vez hallar algo en esa memoria.

Martin llamó al departamento ocupado por Anna Shelley.

—¿Quién? —preguntó la joven desde dentro.

—Su admirador número uno.

Se abrió la puerta y apareció Anna exhibiendo una sonrisa y dos magníficas vistas rodeadas por un batín negro.

Al instante suprimió la sonrisa y acortó las vistas.

—Hola —dijo él con jovialidad, entrando en el departamento.

CAPÍTULO X

Anna mantuvo la puerta abierta y siguió con la mirada a Martin hasta que éste se encontró en medio de la habitación, coquetamente amueblada.

—No le he dicho que pasase —dijo ella con acritud.

—Sé que no ha podido pegar ojo desde que me conoció la otra noche. Así, pues, me dije: ¿Por qué no le haces una visita a la encantadora señorita Shelley? Ella te lo agradecerá. Y bien, aquí me tiene.

—Qué gracioso —repuso la joven y cerró.

Dio unos pasos y se dejó caer en un sillón. Cruzó las piernas procurando no enseñar más de lo conveniente Martin echó una mirada circular por las inmediaciones.

—Tengo la garganta seca. ¿No tiene nada refrescante para un humilde peregrino?

—¡Agua!

—Dije refrescante.

La mujer apretó los labios, pero al fin cedió. Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta que conducía al interior del departamento. Martin pretendió seguirla, pero ello lo detuvo en el umbral, poniéndole una mano en el pecho.

—Sea buen chiquito y quédese aquí.

—Yo sólo pretendo ayudarla a hacer los cócteles. Su tía Eugenia debiera conocerme. Cambiaría de opinión al respecto.

—Pero no lo conoce. Habremos de esperar una oportunidad.

—Usted gana —accedió el vendedor.

Anna no salió de la habitación hasta ver sentado a su visitante.

Volvió unos cinco minutos más tarde llevando en la mano un vaso que contenía un líquido marrón y unos trozos de hielo.

Martin lo cogió al tiempo que preguntaba:

—¿Y usted…? ¿No bebe?

—No tengo la garganta seca.

—Pues bueno, a su salud —Audax despachó la mitad del brebaje y añadió—: No está mal. Pero ha de probar uno de los míos.

Anna no contestó enseguida. Sentándose dobló la cabeza, apoyándola en la mano.

—Supongo que no habrá venido para hablar de cócteles.

—Chica inteligente.

—Me lo han dicho muchos hombres.

—¿Barnaby Custer también?

Anna recibió sorpresivamente el impacto. Aumentó el ritmo de su pecho y le temblaron las aletas de la nariz.

Martin bebió otro trago sin dejar de mirar a la joven. Puso el vaso sobre una mesita cercana, sacó el paquete de cigarrillos y jugueteo con él.

—¿Por qué silenció «eso»? —Disparó al azar.

—No sé qué quiere decir —repuso Anna con voz insegura.

El vendedor se vio en el buen camino. Extrajo un cigarrillo con mucha calma, taladrando las pupilas que tenía enfrente, y encendió. Lanzó dos chorros del humo por la nariz y habló como si aquella conversación estuviese desprovista de interés para él.

—Barnaby me lo ha contado.

Anna permaneció muda y él continuó:

—La cosa en sí no tiene importancia trascendental, pero ya sabes cómo es la policía. Ellos buscan un culpable y es mal asunto callar ciertas cosas. Más de una persona ha sido condenada por complicidad debido a que quiso llevar su hermetismo hasta el último extremo.

—Él me dijo que callase —soltó ella un poco nerviosa.

—Pero ahora está en libertad de hablar.

—Si Barnaby se lo ha contado todo, yo no tengo nada que agregar…

—Quiero confrontar lo que él ha dicho con su versión. No me gustaría que él me hubiese engañado.

La joven se mordió el labio inferior.

—Barnaby… —dijo vacilante—. Barnaby… ¿lo ha confesado a la policía?

—En estos momentos el sargento Mac Coy se encuentra en su casa.

—¿Está… seguro?

—Tiene mi palabra de honor. Si quiere comprobarlo puede llamar por teléfono.

Martin sabía que no lo haría y así fue, Anna pidió un cigarrillo y no reanudaron el diálogo hasta que ella inhaló un par de veces.

—Empiece desde el principio —le animó el vendedor—. ¿Cuándo conoció a Barnaby?

—Una noche estábamos Tony Kraft y yo en el Club 45 cuando se acercó Custer. Tony me lo presentó. Noté enseguida que entre los dos existía una barrera del más duro hielo. Barnaby le dijo que tenía que discutir un asunto importante con él y quedaron en verse más tarde. Tony tenía un defecto. Le gustaba beber. Decía que la última copa era la que producía el mejor sueño. Barnaby, desde la barra del bar, nos dirigía curiosas miradas, esperando seguramente que yo abandonase el campo para tratar su caso. A Tony aquella vigilancia le produjo hilaridad, lo cual, unido al *whisky* que ingería, dio por resultado el que me hiciese confidente de algunas cosillas que tenía pendientes con Custer. Una de ellas era la situación que había provocado entre ellos la desaparición de su hermana Eleanor, esposa de Barnaby, y la existencia de una póliza de vida de la que Tony era el único beneficiario. Con su lengua de trapo me juró que de los veinte mil dólares que sacase a la compañía aseguradora me compraría un anillo con un brillante del tamaño de un huevo. De pronto se puso a despotricar contra su cuñado. Ya sabe cómo habla una persona ebria. Le da a la lengua sin ton ni son, contradiciéndose constantemente. Eso le pasó a Tony. Después de referirse a los veinte mil dólares como dinero seguro en el bolsillo, empezó a decir que Custer lo tenía en el puño, que no podía cobrar hasta que su cuñado testimoniase la presunción del fallecimiento de Eleanor. Obsequió a Barnaby con unas cuantas lindezas que no puedo repetir. Yo estaba dispuesta a marcharme porque presentía que la velada iba a terminar mal. Cuando me disponía a alejar la jaqueca de turno, Tony se levantó, rogándome que lo esperase, y puso proa al lugar donde se hallaba Barnaby. Los vi hablar, Custer estaba sereno y se comportó decentemente. Tony, por aquello de que se encontraba en su local y con varias copas de más, se excedía gesticulando y poniendo cara hosca. Se les acercó Rodney, el socio de Kraft, a quién un par de días antes había sido presentada, e

intervino en el diálogo que sostenían. Al fin, Rodney los cogió amigablemente por el brazo y con palabras y sonrisitas se los llevó al despacho de la dirección. Allí permanecieron diez minutos encerrados. Luego salió Barnaby, quien me saludó cuando se dirigía hacia la calle. Más tarde aparecieron Tony y Rodney riendo y hablando. Kraft se separó de su socio y se reintegró a la mesa —Anna hizo una pausa y continuó—: Me invitó a bailar y no sé por qué causa sentí deseos de enterarme de lo que habían hablado los tres hombres. Empecé a sonsacarle preguntándole si se había arreglado lo del testimonio de Barnaby. Me contestó negativamente, pero agregó que tenía un filón de oro y que pensaba sacar el equivalente a lo que debiera haber percibido como beneficiario de la póliza suscrita por su hermana. Puse cara de boba y él rió y dijo: «¿Cuánto calculas que pueden valer cinco cartas, querida?». Le respondí una tontería y a él le resultó la mar de divertido. Después de eso cerró la boca y me fue imposible exprimirle una palabra más. ¿Voy demasiado rápida?

—No —dijo Martin—. Sigo mejor su narración refiriéndose a lo concreto. Continúe así.

—Noches más tarde volví con Tony al club. Ocurrió otra escena intrigante. Esta vez Tony se mantuvo bastante sereno debido a que había pasado un mal día con su estómago. Cenó poco y tuvo que tomar bicarbonato. Rodney se sentó con nosotros y, como Kraft se hallaba tan apagado, me sacó él a bailar. Rodney es muy chistoso y yo estaba de buen humor aquella noche. Total, que, sin darnos cuenta, nos pasamos más de media hora danzando y charlando. Sólo volvimos a la mesa cuando la orquesta dedicó unos minutos a reponer fuerzas. Tony ni siquiera se levantó. Miró a Rodney con muy mala intención y dijo: «¿Has pensado ya en colocarla? ¿Centroamérica, Brasil, Venezuela?». Noté que, súbitamente, Rodney se ponía lívido. Miró fijamente a su socio, luego desvió sus ojos hacia mí, inclinó la cabeza y se marchó. Durante media hora Tony no despegó los labios. Se me hizo pesada la atmósfera y rogué que me llevara al hotel. La tercera escena se desarrolló al día siguiente… Fue en el Excelsior. Barnaby Custer me abordó en el *hall*. Empezó a hablarme de naderías y cuando menos lo esperaba me preguntó qué clase de relaciones existían entre Tony y yo. Le contesté que las pura y simplemente amistosas y entonces me

espetó que debiera olvidarme de Tony y no verlo más. Me irritó sobremanera su actitud y le puse las peras al cuarto. Le dije que al hablar así no hacia otra cosa que mostrarme el rencor y el odio que sentía por su cuñado. Barnaby repuso que estaba muy equivocada y entonces, fuera de mí, le desafié a que diese una razón equitativa por la que se negase a dar el testimonio de presunción de fallecimiento de su esposa. Enmudeció durante largo rato y yo, con una sonrisa victoriosa, me dispuse a separarme de él. De pronto me cogió del brazo y me dijo: «Señorita Shelley, le aseguro que esa razón existe y es muy poderosa. Sólo puedo manifestarle ahora que en mi conducta no hay ni la más ligera ansia de venganza». Yo lo tomé como una infantil excusa y le di altivamente la espalda. Al día siguiente volvió a acercárseme. Me dijo que comprendía que no lo creyese y que quizá transcurriese poco tiempo para que yo cambiase de opinión respecto a él. Tony estaba fuera de Nueva York por un día o dos y Barnaby me invitó a cenar. Acepté por aquello que mi tía me aconsejó: «Cena con cuántos hombres te lo pidan, sonríe mucho y no bebas más de lo imprescindible».

Martin sonrió y dijo:

—¿Le indicó Tony por qué se iba de Nueva York esos días?

—No.

—¿Ni a qué ciudad se dirigía?

—No… pero espere. Varios días antes de su partida me estuvo hablando de Panamá y de Costa Rica…

Martin movió la cabeza afirmativamente, preguntando:

—¿Ocurrió algo de particular durante su velada con Clister?

—No, fue muy corta.

—¿Adónde la llevó?

—No recuerdo su nombre. Es un restaurante muy pequeño que hay en la Novena, lo que los cursis llaman «un local acogedor». Sólo va allí la gente elegante. Yo tenía ganas de divertirme y aquella atmósfera me las quitó. En cuanto terminamos de cenar, le dije que tenía que levantarme temprano por la mañana.

—¿De qué hablaron?

—De nada que le importe a usted.

—Corriente, bombón. Continúe.

Anna suspiró y con una sonrisa dijo:

—Ahora sí que necesito ese refrescante. ¿Le importa que beba de

su vaso?

—En absoluto —repuso Martin cogiendo el recipiente y alargándoselo.

La joven lo tomó y bebió hasta la última gota. Después siguió:

—Lo que queda es lo ocurrido la noche en que murió Tony.

—Es lo más importante. Procure no olvidar nada.

—Tony vino a la oficina a por mí y a las ocho y media cenamos en el club. Estaba él muy optimista y por lo que bebió durante la comida deduje que su estómago marchaba a las mil maravillas y que debería tener cuidado con sus excesos. De todas formas, resultaba para mi encantador el lograr saber a qué se debía su magnífico estado de ánimo. No fue difícil averiguarlo. Tony, con una botella de licor a su lado, era una de las personas más comunicativas que he conocido. Claro que yo tenía una buena estratagema. Le pregunté qué tal iba el anillo que me había prometido. Me miró y soltó una carcajada. Parece que todavía lo estoy viendo bamboleándose y riendo. Contestó que lo diese por seguro. Le pinché un poco al respecto y terminó por decirme que iba a cobrar los veinte mil dólares de la póliza de su hermana, ya que Barnaby consentía, al fin, testimoniar ante la compañía aseguradora. Aquello me extrañó mucho, puesto que suponía un cambio esencial en la actitud de Custer. Le inquirí sobre la causa de ello, pero de una manera indirecta. «¿Es que tu cuñado se ha ablandado?», fue concretamente lo que le pregunté. Y él contestó: «¿Ablandarse ese puerco? No lo conoces bien. No da nada a cambio de nada». Me dejó más intrigada aún. No vacilé en preguntarle de nuevo: «¿Qué es lo que le das tú y qué vale para él veinte mil dólares?». Tony me asaeteó con sus pupilas. Por un momento creí que me iba a pegar. En mi vida he pasado unos segundos de tanto pánico. Pero empezó a reírse, primero despacio y luego más deprisa, cada vez más deprisa, hasta que terminó congestionado y con los ojos llenos de lágrimas. Al fin, me contestó: «¿Sabes lo que es una escalera de color, pequeña? ¡Pues eso es lo que tenía yo cuando Barnaby quiso hacer su juego! ¡Cinco cartas forman la escalera de color! ¡Y esa jugada le cuesta a mi querido cuñado veinte mil dólares!». Ya no dijo más porque cambió de conversación. Entonces fue cuando empezó a ponerse inconveniente. Ya le conté la otra noche lo que pasó. Quiso besarme

y lo abofeteé. No me gusta que nadie se crea con algún derecho sobre mí porque acepte una cena o unos *whiskys*.

—Otro buen consejo de su tía Eugenia —dijo Martin.

—Cierto —murmuró Anna sonriente.

—Le voy a hacer una pregunta muy importante, señorita Shelley.

—Hágala.

—¿Le dijo Tony que a una hora determinada la dejaría y que volvería más tarde al club a por usted?

—Exacto, fue así. ¿Cómo lo sabe?

—Pero usted no le dio oportunidad para ello porque se marchó en cuanto él se pasó de la raya.

—Sí, oiga…

—¿Habló Tony con Rodney?

—¡Sí! Tony estuvo unos minutos ausente. Lo vi meterse en el despacho de la dirección.

—¿Y vio usted a Rodney después?

—Sí, lo vi merodeando por el local. Por cierto que nos miraba con mucha frecuencia.

Martin se levantó y dijo:

—Muchas gracias, señorita Shelley.

Anna también se incorporó, distendiendo los labios en una suave sonrisa.

—Me gusta cooperar.

—¿Por qué no lo hizo usted desde el principio?

—Porque no creía a Barnaby capaz de cometer un crimen y lo que podía decir a la policía lo hubiera colocado en una situación difícil.

—¿Y qué le hace pensar que ahora no es lo mismo?

—Usted ha dicho que Barnaby le ha confesado…

—¿Sabe que Barnaby ha muerto?

Martin observó atentamente la reacción en el rostro de la joven. Ésta frunció el ceño y dijo:

—¿Có… cómo dice?

Él puso un gesto duro y repuso:

—¿No será por eso por lo que usted ahora declara su historia?

—¿Qué quiere… decir?

—Es simple. Usted sabe que el explorador se ha ido al otro

mundo y teme que la investigación que se emprenda le llene de salpicaduras…

—¿Es que… Barnaby… también ha sido asesinado?

Hubo varios segundos de silencio en que los ojos de cada uno estuvieron clavados en los del otro.

—Sí —dijo Martin.

Los ojos de ella se llenaron de irisaciones que convergieron en un punto brillante. Simultáneamente sus mejillas fueron enrojeciendo.

—¡Así que todo ha sido una trampa! —exclamó con rabia—. ¡Barnaby no le ha dicho nada…! ¡Vino aquí para sonsacarme…!

—No se excite tanto, bombón. Si tiene la conciencia limpia no debe temer nada…

—¡No temo nada, señor Audax…! ¡Nada…! Pero lo que usted ha hecho es vil, es sucio…

—Represento a una persona acusada de asesinato…

—¡Y está haciendo lo posible por encontrar un culpable, aunque no lo sea, para que sustituya en la silla eléctrica a su cliente…!

—No es usted justa. Trato de esclarecer la verdad.

—¿La verdad…? ¿Qué verdad?

Anna dio unos pasos hacia Martin. Así, hermosamente brava y desafiante.

—¡Es usted odioso, señor Audax!

El vendedor de ideas la tuvo muy cerca, tan cerca que sintió el perfume de su piel y la inquietud de su carne.

Alargó los brazos y la fuerza de una gravedad misteriosa lo unió al cuerpo de ella. Anna abrió los ojos y Martin los cerró al tiempo que los labios de ambos se apretaban.

La joven forcejeó un segundo y luego cedió, abandonándose.

Fue Martin quién se separó, volviéndose y echando a andar hacia la puerta, con indiferencia.

Anna soltó un gritito.

—¡Oiga…! ¡Pero… pero…!

Audax giró sobre sus pies.

—¿Decía?

—¡Y se va a ir así!

—Tengo trabajo, bombón. Otra pregunta. ¿A quién esperaba cuando llegué?

—¡Al secretario del hombre con quien estoy empleada…! ¡Y si usted…!

—Cancele esa cita.

—¿Quién se ha creído qué es? ¡Yo sé lo diré…!

—Me lo dirá luego, preciosa. Va a mandar a paseo a ese secretario porque va a salir conmigo esta noche… Tengo ganas de saber más de su tía Eugenia…

Martin saludó con la mano, abrió la puerta y salió de la habitación.

Entró en la cabina telefónica de un bar y marcó un número.

—Haga el favor —dijo cuando descolgaron al otro extremo—. Avise al sargento Mac Coy.

—¿Quién le llama? —quiso saber una voz varonil.

—Sherlock Holmes desde Londres.

—¿Sí?

—El sargento me pidió consejo sobre el caso que lleva entre manos y, bueno, se lo voy a dar…

—Me reiré después, ¿sabe?

—No se pase de listo, agente. Sé que en estos momentos, mientras me da cuerda, están investigando el lugar desde donde llamo. Yo les ahorraré ese trabajo. Le hablo desde el bar El Jabalí, calle 37. Y ahora, avise a Mac Coy…

El otro dio un bufido, como si le hubiesen pisado la cola y abandonó el aparato.

El sargento Mac Coy dejó oír su voz ronca y agresiva.

—¡Audax, estaba esperando su llamada!

—¡Escupa ese mondadientes! —gritó Martin… y a continuación escuchó el ruido producido por la boca de Mac Coy al obedecer instintivamente.

De súbito; el sargento se dio cuenta de su error y vociferó:

—¡Audax…! Se cree muy listo, ¿eh…? ¡Pues oiga esto…! —Oyóse el frufrú de un papel—. ¡Escuche, genio! Dentro de dos minutos se comunicará lo que sigue a todos los coches policíacos del Estado: «Se busca a Martin Audax, de veintiocho años de edad, uno setenta de estatura, moreno, ojos negros. Viste traje gris oscuro. Se titula a sí mismo vendedor de ideas. Es posible que se encuentre en compañía de la señora Zoé Lavine cuya descripción ya consta. Se les requiere por su relación con los asesinatos de Anthony Kraft y

Barnaby Custer». ¿Lo oyó?

—Lo oí. ¿Dio ya con la esposa de Barnaby Custer?

El sargento Mac Coy mostró la estupefacción que le producían las palabras de Martin guardando medio minuto de silencio.

—¿Se marcha ya, sargento? —inquirió Audax.

—¡No! ¡Estoy aquí…! ¡Repita eso que ha dicho!

—Déjese de historias, Mac Coy. ¿Dónde encontró a la señora Custer?

—En su propia casa —dijo el policía sin energía.

—Y el arma la habrá encontrado igualmente.

—¿Pero también sabe eso? —gimió el sargento.

—Lo sé TODO.

—¡Entréguese inmediatamente, Audax! ¡Sin olvidar a Zoé Lavine…! ¡O le juro que la pagará!

—De acuerdo, Mac Coy. Zoé Lavine se entregará y yo la acompañaré. Pero no lo haré en la forma que usted quiere.

—¡Si dice…!

—¡Cállese! Ustedes intentan cazarnos, pero le aseguro que pondré en práctica unos cuantos trucos que pueden alargar la captura semanas… o meses. Es preferible que colaboremos…

—¿Cuál es su propuesta? —gritó el policía.

—Quiero que se efectúe la ceremonia oficial en el despacho de la dirección del Club 45, esta noche a las doce. Entraremos por la puerta trasera. Puede usted tomar todas las precauciones que crea convenientes para evitar que escape alguien, pero ha de darnos franquicia libre para entrar. No se debe molestar ni a mí, ni a cualquiera de las personas que me acompañen.

—¡Espere un momento, Audax!

Martin accedió sonriente. Un minuto después Mac Coy desencadenó los diez mil diablos que aprisionaban sus nervios.

—¡Conque El Jabalí de Indiana…! ¡Le voy a…!

—¿Qué esperaba? ¿Qué le diese la verdadera dirección desde donde le telefoneo? Me arriesgaba a que no me creyesen o hiciesen la comprobación… Olvide eso. Ahora sí que tengo que colgar antes de que sus coches lleguen. ¿Acepta…? ¿Sí o no? Le concedo tres segundos para contestar.

—¡Sí! —bramó Mac Coy.

Martin colgó sin borrar de su rostro la sonrisa.

CAPÍTULO XI

Martin Audax, entre Zoé Lavine y Anna Shelley, a las que cogía del brazo, penetró en el despacho del cínico propietario del Club 45, Rodney Devoe.

Detrás del grupo lo hicieron dos agentes de la Brigada de Homicidios.

El salón ofrecía un brillante aspecto de público. Allí se encontraban el sargento Mac Coy con otros tres agentes, Sam Lavine, el famoso abogado criminalista Philips Comendy, el propio Rodney Devoe, el ayudante del fiscal Slim Cabot, a quien Audax ya conocía, y una mujer de unos treinta y cinco años de cabello castaño y piel curtida.

Mac Coy salió al encuentro del vendedor de ideas y sus acompañantes.

—Señora Lavine… —empezó a decir el policía, pero Martin le interrumpió con un movimiento de cabeza.

Sam Lavine acudió presuroso al lado de su esposa.

—¡Zoé! —exclamó emocionado.

Miss Nevada dobló dócilmente la cabeza y se dejó besar en la mejilla.

El sargento estaba nervioso. Había mucha gente de pie y sus ojos iban de un lado a otro.

—¡Basta ya! —ordenó—. ¡Usted, Duncan, hágase carga de la señora Lavine!

—¿Y de Audax? —preguntó el agente.

—¡A mi cuenta! —respondió Mac Coy mirando al aludido con fruición.

Entonces habló Martin.

—Sargento, ¿por qué no hacemos las cosas bien?

—¡Ya lo están!

—No comparto su opinión —Audax dirigió una mirada a su

alrededor deteniéndola especialmente en Slim Cabot y Philips Comendy—. Casualmente se encuentran aquí dos personas a cuyo cargo corren la acusación y la defensa de la persona o personas que, en opinión suya, son culpables de los asesinatos de Anthony Kraft y Barnaby Custer. ¿Por qué no explica la versión de los hechos? Es una magnífica oportunidad ésta de que se hallen presentes todas las personas que de un modo o de otro han tenido relación con las víctimas. Ello ayudaría a esclarecer algún punto oscuro.

—¡No hay nada oscuro, Audax! —dijo Mac Coy.

—Sin embargo… —empezó a decir el ayudante del fiscal, y todas las miradas convergieron en él—, creo que no es mala idea la del señor Audax. La Fiscalía agradecería a usted sargento, el que hiciese la versión de lo ocurrido. Si se trata de actividades desplegadas por personas que en estos momentos se hallan con nosotros, pueden presentar sus reparos ayudando así a la formación mental de la futura pieza de acusación…

El sargento asintió de mala gana, pulverizando con la mirada al vendedor de ideas…

—¡Siéntense, pues! —dijo dirigiéndose al grupo formado por Zoé, Anna y Sam.

Martin se sentó junto a la mujer del cabello castaño, diciendo al mismo tiempo:

—¿Se encuentra bien, señora Custer?

La interrogada depositó en él sus ojos carentes de brillo y no contestó.

El sargento esperó a que se hiciese el silencio, solicitándolo mediante un fuerte carraspeo.

—En cumplimiento de mi deber —empezó a decir—, fui designado por mis jefes para esclarecer la muerte de Anthony Kraft. Tal misión tuvo una iniciación aparentemente difícil por haber sido visto, junto al cadáver, un pingüino que había sentido animosidad hacia el señor Kraft, y a quién ya había atacado furiosamente en otra ocasión. Fue comprobada la declaración de la señorita Shelley, descubridora del cadáver de Kraft y del pingüino, cerciorándome de que, efectivamente, el pájaro había estado en el departamento de la víctima y del que había salido con varias manchas de sangre. La idea de que el pingüino era el agresor se ratificaba por el hecho de que las heridas que mostraba el muerto parecían producidas por su

pico. Interrogué al dueño del ave y a los empleados del hotel mientras los técnicos de nuestro laboratorio y el forense iniciaban su trabajo. De las declaraciones anotadas surgió la primera sospecha. Una mujer llamada Zoé Lavine, que tenía amistad con Anthony Kraft, había sido vista aquella noche. Un ascensorista la acompañó hasta la planta en que la víctima tenía su departamento y el gerente había observado su marcha. El señor Barnaby Custer, cuñado de Kraft, afirmó la relación de amistad que unió en otros tiempos a la señora Lavine y al muerto. Los técnicos en huellas dactilares encontraron muchas de ellas, de impresión reciente, en un diván del piso. Fue cuestión de tiempo el que presentásemos una orden de arresto contra la señora Lavine. El tiempo necesario para comprobar que las huellas dactilares le pertenecían. Pero hubo algo todavía más esencial. En el bolso que confesó haber utilizado esa noche se encontraban unas cartas escritas por ella, en otro tiempo, a Anthony Kraft, las cuales repetidamente había solicitado su devolución. Yo les contaré ahora a ustedes lo ocurrido —Mac Coy hizo una pausa solemne dirigiendo una mirada circular a su auditorio. Luego continuó—: Anthony Kraft aceptó la devolución de las cartas, pero pidiendo a cambio dinero. Lo recibió y pensó seguir explotando el lucrativo negocio. Pasado algún tiempo pidió más dinero asegurando que esta vez las devolvería. La señora Lavine decidió terminar con el chantaje eliminando al que lo realizaba. Preparó bien el golpe. Visitó a un aficionado a detective encargándole la recuperación de las cartas previo el pago convenido, a fin de tener una mediana coartada si se ponían mal las cosas y citó a Kraft en su departamento alegando cualquier motivo. Ella conocía la historia del ataque del pingüino a Kraft y para colmo de su ventura, sabía que el pingüino estaba muy cerca de las habitaciones de su víctima. De una forma u otra también había conseguido una llave del departamento de Barnaby Custer, el propietario del pájaro, quien, siguiendo la racha de suerte, igualmente había dejado el campo libre…

—¿No le parecen demasiadas casualidades? —le interrumpió el aficionado a detective.

—¡Cállese, Martin! —exclamó furibundo el narrador.

Audax movió las manos con las palmas hacia arriba en un gesto que quería indicar su discrepancia.

El sargento reanudó su tesis.

—Zoé Lavine llegó al departamento de Anthony Kraft, lo mató…

—¿Lo mató mi esposa, dice? —gritó Sam exasperado—. ¡Usted está loco o es un incompetente, sargento!

—¡Guarde silencio o lo mando arrojar de la sala! —repuso Mac Coy con mirada desafiante.

El marido de la acusada se sentó farfullando palabras ininteligibles.

—Decía usted, sargento —intervino el ayudante del fiscal—, que Zoé Lavine mató a Kraft, pero ¿con qué? He visto fotografías del cadáver. Estaba horriblemente mutilado…

—La asesina esgrimió un enderezador de cuernos utilizado por algunos pueblos esquimales, el cuál era guardado por Custer como pieza de museo.

—¿Cómo lo supo?

—El forense declaró en su dictamen que la víctima no había sido muerta por ningún pingüino. Lo que hizo Zoé Lavine fue introducir al pájaro después de haber matado a Kraft creyendo ingenuamente que la policía aceptaría la versión por ella preparada.

—¿Pero encontró el arma? —preguntó de nuevo Slim Cabot.

—La hemos hallado hoy, en el jardín de Barnaby Custer. Había sido torpemente enterrada por la persona que acababa de matar a Custer.

—¿Quiere decir que Zoé Lavine…?

—No, señor Cabot. A Custer no lo mató la señora Lavine. Fue su propia esposa.

Los presentes miraron a la mujer de pelo castaño, quien continuó imperturbable.

—Zoé Lavine estuvo a punto de ser sorprendida por la señorita Shelley —continuó el sargento—. Afortunadamente para ella, la intrusa se desmayó. Entonces llevó el arma y al pingüino al departamento de Barnaby Custer y después se marchó. Cuando regresó Custer, vio el enderezador de cuernos y al pájaro manchado de sangre y supuso lo ocurrido. Él estaba enamorado desde hacía mucho tiempo de Zoé Lavine, y sabía lo que ocurría con las cartas. Escondió el arma y se dejó llevar por la corriente en lo que se refería al ave. Al día siguiente volvió a su residencia trasladando consigo el enderezador. Y ahora es cuando interviene la señora

Custer. Esta mujer fue dada por desaparecida y muerta hace un año. Pero lo cierto es que salvó y prefirió seguir en la situación en que se encontraba. ¿Por qué? Porque sabía que su marido estaba enamorado de otra mujer y se le ocurrió pensar en la posibilidad de que se hubiese casado con ella. Volvió a los Estados Unidos con nombre supuesto y aquí supo que Custer no había podido realizar su sueño porque Zoé Lavine, aun correspondiéndole, se negó a divorciarse de su actual marido. La señora Custer estaba viviendo en su antigua residencia, con consentimiento de su esposo, desde hace quince días. Barnaby Custer, a su regreso del Polo Sur, se negó a testimoniar el fallecimiento de su mujer impidiendo que su cuñado cobrase el capital de la póliza de vida suscrita, simplemente porque odiaba a Anthony Kraft. Al aparecer su mujer, el explorador perdió la última esperanza de casarse algún día con Zoé Lavine. Pero debió pensar que Anthony Kraft había muerto en circunstancias extrañas y en que Eleanor Custer también podía desaparecer de igual forma sobre todo teniendo a su favor el que se ignoraba su regreso…

—¡Pura fantasía! —interrumpió de nuevo al policía Martin.

Mac Coy apretó los labios, enseñó los colmillos y dijo:

—La señora Custer imaginó que Barnaby había matado a su hermano y que probablemente le tocaba a ella el turno. Así las cosas, Eleanor Custer se adelantó, quizá por minutos, al crimen de que iba a ser víctima y cambió los papeles. Asesinó a su esposo con la misma arma empleada en la muerte de Anthony Kraft y la enterró preparando una escena similar a la del departamento de su hermano, cosa que no pudo lograr por la llegada a la residencia del señor Lavine y del aficionado a detective. El señor Lavine telefoneó a la Brigada de Homicidios y poco después comparecieron en el lugar del crimen y encontramos a la señora Custer en su habitación del piso superior. Registramos el jardín y un agente descubrió un montón de tierra recién movida, bajo el que se hallaba el enderezador de cuernos esquimal. Eso es todo, o casi todo, señor Cabot. Los detalles secundarios los irá sabiendo de boca de los propios interesados…

—¡Usted está loco! —vociferó de nuevo Sam Lavine.

El abogado criminalista lo sujetó por el brazo al pretender acercarse al sargento.

Martin Audax había empleado los últimos cinco minutos de cháchara del policía para hablar confidencialmente con Eleanor Custer.

—Señores —empezó a decir Rodney Devoe, tosió y añadió—: Todo esto que presencio es muy emocionante, pero, sinceramente, quisiera saber por qué la reunión no ha sido convocada en la comisaría o en el despacho de la Fiscalía, ¿no cree usted, sargento y señor ayudante del fiscal, que se me debe al menos una justificación?

—¡Fue idea de este entrometido! —exclamó Mac Coy señalando a Martin con el índice.

Audax se puso en pie y habló hacia Rodney.

—Yo le daré la justificación que pide. He querido que la reunión se celebrase en su despacho porque usted es otro que ha de ser llevado codo con codo…

—¿De qué habla este individuo? —inquirió el antiguo socio de Kraft con voz fría mirando al sargento.

—¡Del asesinato de Iris Tapley! —dijo Martin.

—Sargento, creo que ya le di la información que me requirió, ¿debo entender que este vivales trabaja ahora con usted?

—¡No! —exclamó Mac Coy yendo hacia Audax.

—Yo le ampliaré esa información, sargento —dijo rápidamente Audax—. Kraft y Rodney se dedicaban a la trata de blancas. ¡Investigue en ese sentido y verá la podredumbre que descubre bajo esa máscara de aparente inocencia! Se valían del club para conseguir el género, que ellos mismos, en la mayoría de los casos, trabajaban, y luego lo colocaban en el mercado de Centro América. Especialmente, dedique su cerebro, sargento, a Panamá y Costa Rica. Los últimos envíos fueron hechos a esos países.

Mac Coy se detuvo junto al vendedor de ideas. El rostro de Rodney se endurecía por segundos.

—Vine al club por información y conocí a una chica, Iris Tapley —reanudó el ataque Martin—. Estaba resentida y me contó unas cuantas cosas. No lo bastante para que Rodney perdiese la cabeza y mandase eliminarla. Después de yo marcharme, y a pesar de que él me dio palabra de que no la molestaría, debió cogerla por su cuenta y apalearla. Probablemente Iris le plantó cara porque estaba harta de la situación a que los dos socios la habían llevado. Sabía cuál era

su destino. Un garito o un lupanar en cualquier país. Mientras conservó la hermosura fue un juguete de los dos socios, pero después, a punto de marchitarse, pasaba a ser una vulgar mercancía.

—¿Va a creer esa porquería, sargento? —dijo Devoe lívido.

—Tendré que hacer una comprobación sobre todo ello —asintió el policía con voz dura—. No me acabó de gustar su historia, señor Devoe.

—¿Ve usted? —dijo Sam Lavine levantándose—. ¡Se equivocó respecto a la muerte de Iris Tapley! ¡Igualmente se ha podido equivocar en los otros asesinatos! ¡Mi esposa es incapaz de matar a nadie…!

—¡Le he dicho que se calle! —gritó Mac Coy.

—Yo en su lugar le dejaría que hablase —intervino Martin.

El policía volvió la cabeza como un rayo hacia el vendedor.

—¿Sí? —dijo con los ojos brillantes por la exasperación—. ¿Qué se cree que es esto…? ¿El Senado?

—Sam Lavine es la persona con más derecho para hablar en esta reunión.

—¡No me diga!

—Sam Lavine asesinó a Anthony Kraft y a Barnaby Custer —declaró Martin.

Mac Coy frunció el entrecejo, observó el rostro de Audax, desvió la mirada hacia Lavine y lo vio bajo, mofletudo y en la actitud del niño al que acaban de propinar un papirotazo por haber metido el dedo en el bote de la mermelada. Volvió los ojos al vendedor.

—Es una jugada de las suyas, ¿eh, Martin? Le juro…

—No jure, Mac Coy. Sam Lavine es el hombre que busca.

—¿Se ha vuelto usted también loco? —dijo Sam Lavine saliendo de la actitud contemplativa en que le había sumido la acusación.

—No, señor Lavine. Sé perfectamente lo que digo. Y es inútil que pretenda hacerse el asombrado. Mi tesis no es como la del sargento, basada en casualidades que un habilidoso como el señor Comendy reduciría a polvo fácilmente.

—¿Va a permitir que continúe esta mascarada, sargento? —preguntó Lavine ofendido.

—¡No! ¡No lo permitiré!

Se oyó la voz clara de Slim Cabot.

—Sargento, a la Fiscalía le gustaría conocer esas ideas del señor Audax siempre que fuesen acompañadas por las pruebas correspondientes —avanzó el ayudante del fiscal colocándose al lado de Martin—. ¿Tienes esas pruebas, señor Audax?

—¡Las tengo! —asintió con decisión el vendedor.

—En ese caso, yo le escucharé.

Sam Lavine fue a decir algo, miró a Mac Coy y, al ver que éste guardaba silencio, él también calló.

Martin comenzó su exposición.

—Sam Lavine se enamoró perdidamente de la antigua *Miss* Nevada y la hizo su esposa. El señor Lavine pertenece a esa clase de hombres que no perdonan el que su mujer haya tenido un desliz aun cuando éste hubiera ocurrido en la época que él desconocía la existencia de ella. Sam estaba enterado perfectamente de los antecedentes un tanto frívolos de Zoé y ello le corroía el alma. Sabía que había mantenido relaciones con Anthony Kraft y que Zoé se había casado con él solamente por su dinero. Ella estaba enamorada de Barnaby Custer y era correspondida, pero Barnaby, casado, con Eleanor Kraft, no se atrevió a divorciarse porque consideró que Eleanor sería mejor compañera. Ambos estaban unidos por los ideales de la exploración de la Antártida. No hubiera ocurrido nada probablemente y Sam se habría tragado su rencor, si Kraft no hubiese decidido sacar producto a las cartas que en otro tiempo le escribió *Miss* Nevada. Sam tenía vigilada a su mujer por mediación de una agencia de detectives, porque los celos no le dejaban vivir. Así pudo enterarse de las idas y venidas de su esposa cuando ésta fue inquietada por Kraft. Informado del pago de los cinco mil dólares y de la burla de que había sido objeto Zoé, dedicó su mente a la preparación del crimen. Una visita o varias de ellas que hizo *Miss* Nevada a Barnaby Custer confiándole su problema, decidió a Sam la eliminación simultánea del explorador. Barnaby vivía en el Excelsior y Sam, conociendo igualmente el museo de piezas esquimales que poseía en su residencia, concibió el plan de asesinar a Kraft con una de las armas de su colección. Penetró en la casa de Custer, se apoderó del enderezador de cuernos y estuvo dispuesto a todo. Dijo a su esposa que se marchaba de Nueva York y lo que hizo fue quedarse, y la noche del crimen se introdujo en el departamento de su primera víctima y esperó pacientemente su

regreso. Kraft volvió antes de lo que esperaba. Sam lo dejó que escribiese una nota, y luego lo fulminó rápida y certeramente. Registró al muerto y apoderándose de las cartas, las cuales manchó de sangre para la ejecución de otra parte de su plan, a la que luego me referiré. Cogió la cuartilla escrita, leyó su contenido y salió del departamento.

—¿Y el arma? —inquirió el ayudante del fiscal—. ¿Cómo la saco? Si mal no recuerdo, ese enderezador de cuernos no es tan pequeño como para guardarlo en un bolsillo, o bajo la americana sin llamar la atención…

—Sam Lavine es un aficionado a la música, ¿lo sabían ustedes? —repuso Martin—. En sus horas de ocio le gusta imitar a Paganini. Un estuche de violín es una caja ideal para esconder un arma de las dimensiones del enderezador de cuernos de esquimal…

El marido de Zoé escuchaba sin mover un solo músculo del rostro. El resto del auditorio se hallaba expectante, con la única excepción de Rodney Devoe que se movía nervioso en el sillón.

—Usted dice que el señor Lavine salió del departamento —intervino de nuevo Slim Cabot—, ¿y el pingüino…? ¿Cómo apareció allí?

Audax sonrió y dijo:

—El pingüino no ha hecho otra cosa que armar un poco de confusión al interferirse en la investigación policíaca. Sam Lavine mató, salió del departamento, deslizó por debajo de la puerta de Anna Shelley la misiva de Kraft y desapareció del hotel por la puerta de servicio.

—¿Por qué hizo llegar esa carta a su destinataria? —interrogó Slim.

—Por puro afán de complicar las cosas. Lo escrito por Kraft podía interpretarse como el preámbulo de una entrevista entre Anna y él, posterior al incidente de la bofetada. Volvamos al pingüino. Estaba escrito que esa noche, el dormitorio de la víctima iba a estar más concurrido que la estación del Grand Central. Primero llegó, quien había sido citada por Anthony para la devolución de las cartas.

—¿Sí? —Opuso Mac Coy sarcástico—. ¿Por qué de pronto esa generosidad?

—Porque Barnaby Custer, había hecho una tentadora oferta a su

cuñado. Las cartas de Zoé por el testimonio de presunción del fallecimiento de Eleanor Kraft, como es natural, consintió el cambio inmediatamente asegurando que devolvería las cartas en persona. Barnaby aceptó con la condición de que la propia Zoé le entregaría a su vez el testimonio. Así las cosas, el explorador comunicó a Zoé lo acordado y le dio el documento que valía los veinte mil dólares. Cuando mi cliente vio a Tony muerto creyó indefectiblemente que Barnaby había sido el agresor, suponiendo que algo había fallado. Fue al departamento de Custer, del que tenía una llave, y sólo encontró al pingüino en el cuarto de baño. La vista de pájaro le sugirió la idea que exculparía a su amigo. Lo llevó al dormitorio de Kraft… y preparó la escena.

—¿Y las huellas dactilares? —preguntó el sargento.

—Mi representada estaba nerviosa y no puso demasiado cuidado en sus actos —dijo Martin e hizo una pausa para tragar saliva—. Se le complicaron las cosas cuando oyó el timbre de la puerta. Se escondió en el cuarto de baño, atemorizada, y fue entonces cuando entró Anna Shelley y descubrió el cadáver y el ave, desmayándose. Zoé aprovechó la oportunidad para escapar. Entretanto, el asesino se llegó a la residencia de Custer y escondió el arma…

—¿Por qué no la dejó en sitio visible? —Siguió martilleando el hombre del mondadientes—. Las sospechas hubieran recaído en el propietario del enderezador…

—A Sam le interesaba que fuese culpable su mujer. Era ella quien le había envenenado el cerebro y, aun queriéndola, le seducía la imagen de verla hermosa y condenada a morir en la silla eléctrica o, por vida, a estar entre rejas. Por ello introdujo en su bolso las cartas, prueba material número uno de la acusación.

—Es cierto —asintió Slim Cabot.

—¡Ya estoy harto de oír majaderías! —gritó de pronto Sam, poniéndose en pie.

—¡Usted se calla! —ordenó ahora Mac Coy.

Philips Comendy alargó la mano y cogió al millonario del brazo, al tiempo que decía en voz alta:

—No pierda los estribos, Sam. Hasta este momento, el señor Audax no ha hecho más que contarnos un bonito cuento de hadas. Estoy esperando una sola prueba de cuánto dice.

Slim Cabot interrumpió lo que iba a decir Martin contestando al

criminalista.

—Señor Audax. Deje las pruebas para el final. Háblenos ahora de la forma en que, a su juicio, ha sido asesinado Barnaby Custer.

—Es muy probable que Barnaby Custer hubiera vivido más tiempo a no ser por la oportunidad que se le presentó a Sam Lavine con motivo de la desaparición de su esposa. Era demasiado tentadora para que la dejase escapar. Las circunstancias no podían ser más favorables. Nadie sabía dónde se hallaba Zoé Lavine y, muerto Barnaby de igual forma que Kraft, sobre ella recaerían todas las sospechas. Yo era la única persona con la que, al parecer, podría establecer contacto Zoé y, sin darme cuenta, al decir a Sam la verdad, que no conocía su paradero, dicté su sentencia de muerte. Hoy al anochecer yo sabía la verdad e intenté salvar la vida de Custer. Llamé por teléfono al señor Lavine y cuando oí su voz me di cuenta de que había llegado tarde. El crimen estaba consumado. Tuve que emplear una frase dura para arrancar a Sam de su casa. Fuimos juntos a la residencia y…

—¡Pamplinas! —exclamó Mac Coy—. ¡Le digo lo que ha manifestado antes el señor Comendy! ¿Dónde están las pruebas? Yo he construido una tesis… ¡y la he probado! ¡Ni siquiera ha mencionado una sola vez a la señora Custer al referirse a la muerte de su marido! ¿Qué se cree que es, un fantasma?

Martin dirigió una mirada irónica al sargento y dijo:

—Mac Coy, mientras usted exponía su versión de los dos asesinatos, yo he hablado con la señora Custer. De esa forma he aclarado los puntos que tenía aún oscuros. Eleanor Custer, como ustedes saben, desapareció el año pasado cuando se dirigía con cinco hombres al criadero de pingüinos gigantes del cabo Crozier, en la isla de Ross. Su marido salió en su busca con el resto de la expedición mas no la encontró y esto pudo ocurrir porque el día en que Barnaby se hallaba a pocos metros de su esposa y de otro superviviente era un DÍA BLANCO[3]. Cada persona que se movía en la nieve era invisible para el resto de los demás. Aunque hay que hacer notar que Barnaby no puso mucho entusiasmo en hallar a su esposa. Volvió Custer a los Estados Unidos y ahora sí que debo dar conformidad a la exposición del señor Mac Coy respecto a que Zoé no quiso divorciarse, aun cuando accediese a sostener relaciones…

—¡Señor Audax! —masculló *Miss* Nevada.

—Perdón, señora Lavine —Martin tosió y continuó bajo la mirada atenta de los presentes—. Hace un mes, Barnaby recibió un fuerte golpe. No era ni más ni menos que la noticia de que su esposa vivía. Había logrado llegar con su compañero a un puesto de socorro que los propios expedicionarios habían establecido y abandonado para regresar. Pero Eleanor sufrió un grave quebranto en su desolador peregrinaje. Perdió la memoria. En el reducido campamento, en donde tenían abundantes alimentos, permanecieron cuatro meses. Al fin, llegado el buen tiempo, se atrevieron a correr el riesgo de perderse definitivamente o volver al mundo. El hombre murió, pero Eleanor pudo ser salvada a punto de morir por inanición por un buque argentino que se hallaba por aquellos parajes en misión secreta. Todos saben que la nación americana reivindica para sí parte de la Antártida. No quisieron dar conocimiento del salvamento y de vuelta a la Argentina hicieron gestiones confidenciales cerca de Barnaby Custer. Éste se personó en Buenos Aires y se llevó a su esposa bajo la promesa de no dar cuenta de la forma en que había sido hallada. Lo cuál era una ventaja para el plan que el explorador se había trazado al saber que Eleanor sufría el ataque de amnesia. Entró en los Estados Unidos por la frontera de México clandestinamente a su esposa y la instaló en su residencia. La encerró en el dormitorio y él continuó viviendo en el Excelsior. El pingüino que se había traído consigo del Polo Sur, empezó a dar señales de protesta al saber que tenía la compañía de una dama y Barnaby, para evitar intrusiones curiosas de los vecinos, se lo llevó al departamento del hotel. Él iba todos los días a la mansión para proporcionar el alimento a su mujer. Esta medida tenía el forzoso carácter de provisionalidad y probablemente Barnaby empezaría a pensar que Eleanor era un estorbo y que su eliminación le suprimiría quebraderos de cabeza. Esto concuerda decisivamente con su determinación de acceder a testimoniar la muerte de ella a cambio de las cartas de Kraft. Hasta entonces Barnaby no había consentido en dar el documento a su cuñado porque uno y otro se odiaban entrañablemente. Llegó la muerte de Anthony, Custer volvió con el pingüino a la residencia y lo demás queda ya relatado.

—¿Y cuándo se come el lobo feroz a Caperucita? —preguntó Mac Coy enseñando los dientes y haciéndolos entrechocar—. ¡Usted

ha dicho que la señora Custer sufre amnesia! Qué listo, ¿eh…? ¡Y un cuerno…! ¡La señora Custer ha estado hablando conmigo perfecta y congruentemente!

—Y conmigo también, sargento —repuso Martin sonriendo—. La señora Custer recobró la memoria.

—¿Sí…? ¿Cuándo?

—Cuando Sam Lavine estaba asesinando a su esposo. ¡Eleanor Custer presenció el crimen!

Todas las miradas convergieron en el rostro de Eleanor Custer, y de él pasaron al de Sam Lavine, quien dio un salto señalando con la mano al vendedor de ideas.

—¡Es una confabulación! —gritó—. ¡Lo ha preparado todo de acuerdo con mi esposa y esa mujer! ¡Ellas son las asesinas…! ¡Él es su cómplice…! ¡Deténgalo, sargento!

Martin no borró la sonrisa de su rostro. Metió la mano en el bolsillo derecho de la americana y sacó una hoja de papel que desplegó y alargó a Mac Coy, diciendo:

—Vea esto, sargento.

El policía cogió la cuartilla, le echó una ojeada y volvió sus ojos a Audax.

—Es un dibujo un poco malo, pero se nota perfectamente que es el señor Lavine. ¿Qué tiene que ver con el caso?

—Es mi prueba número dos. Un ascensorista que recibe lecciones de dibujo vio salir al señor Lavine del Excelsior la noche del crimen. No se acordó hasta esta tarde. Use el teléfono y ordénele que venga. Él indicará con el dedo quién es el asesino de Kraft…

—Es una buena idea, Mac Coy —dijo Slim Cabot.

El policía asintió, se dirigió hacia la mesa tras la que se hallaba Rodney Devoe comiéndose las uñas, y cuando tenía la mano sobre el micro la voz de Sam Lavine lo detuvo.

—¡Está bien, sargento…! ¡Ustedes ganan!

Rápidamente el marido de *Miss* Nevada extrajo una pistola con la que hizo un movimiento semicircular al tiempo que retrocedía.

—¡Qué nadie intente nada! —ordenó con voz iracunda.

—¡Qué haces, Sam! —exclamó el abogado criminalista—. ¡Suelta esa pistola!

—¡No, Philips! ¡Perdí la partida! ¡Ese maldito Audax y sus

pruebas! La señora Custer y el estúpido ascensorista… Lo había planeado todo y ahora…

—¿Qué vas a hacer, Sam? —Siguió Comendy en tono persuasivo —. Si es cierta la acusación, no cometas otra locura…

—La única que cometí fue la de enamorarme de ésa… —no terminó la frase, pero miró ominosamente a Zoé—. ¡Ven aquí… a mi lado!

—¡Señor Lavine…! —dijo Mac Coy dando un paso.

—¡Quieto, sargento, o lo acribillo…! Vamos, Zoé… ¡Date prisa!

La bella rubia, con la faz aterrorizada, echó a andar colocándose junto a su esposo.

—¿Cuál es tu intención, Sam? —preguntó otra vez Comendy.

—Te lo diré, abogado. Voy a salir del país en compañía de mi dulce mujercita…

—No podrás… ¡Te detendrán!

—¡Si la policía sale a mi paso reventaré de un balazo la cabeza de Zoé y me pegaré otro tiro yo!

—¡Estás loco, Sam!

—¡Lavine! —gritó de pronto Rodney Devoe incorporándose—. ¡Lléveme con usted!

—¡No hay sitio para otro!

—¡Tiene que dejarme ir con usted…! Yo… yo… ¡me tienen cogido a mí también! —Rodney empezó a dar la vuelta a la mesa.

—¡Quieto, Devoe! —ordenó Sam.

—¡Seremos dos contra ellos! —repuso el exsocio de Kraft continuando andando.

Sam Lavine apretó el gatillo, sonó un estampido, e instantáneamente se detuvo Rodney. En su pecho, a la altura del corazón, apareció un agujero. Se desplomó lentamente, pero antes de llegar al suelo ya era cadáver.

—¡Sam! —exclamó el criminalista.

—¡Esto es una advertencia para todos! —contestó Lavine—. ¡Andando, Zoé…! Delante de mí y hacia la puerta trasera…

Martin retrocedió en la dirección que el asesino indicaba.

—¡Haga eso otra vez y no lo cuenta, Audax! —dijo el criminal —. ¡No me importa un muerto más!

Zoé dirigió al vendedor una mirada suplicante.

Sam llegó a la puerta, se separó un paso de su esposa y tiró de

aquélla, siempre dando la cara a los que encañonaba.

De pronto se oyó un trompetazo extraño. Lavine volvió la cabeza y dio un grito.

El pingüino gigante entró en la habitación aleteando con fiereza.

Martin saltó como un rayo una décima de segundo antes de que el asustado Sam disparase contra el pájaro y la bala se sepultó en la pared. El puño izquierdo de Audax aplastó el hígado del asesino, quien lanzó un aullido y cayó de rodillas, quedando sometido. Mac Coy se hizo cargo de él y el vendedor y la señora Custer aplacaron al animal.

Sam Lavine cayó en un estado semiinconsciente y Mac Coy, después de esposarlo, hizo señal a Duncan y otro agente para que se lo llevasen. No hubo un solo cambio de palabras hasta que el asesino salió del despacho.

El ayudante del fiscal y Comendy se habían retirado a un mueble bar, donde estaban escanciando bebidas en sendos vasos para calmar los nervios.

Martin fue hasta la puerta y dijo:

—Entra, Joe.

El ascensorista pelirrojo del Excelsior obedeció sonriente.

—¿Te dio trabajo el pájaro? —preguntó Martin.

—¡Ni hablar! De todas formas, cuando se abrió la puerta me escondí por si se escapaba una bala.

—¿Cómo consiguió que el pingüino lo atacase? —preguntó Mac Coy secándose con el pañuelo el sudor de la frente.

—«Vick» estaba prisionero en el sótano de la casa de Custer supuse que Lavine debió encerrarlo porque se puso pesado después de matar a su propietario. Quizá empezase a seguirlo por el jardín. No podía eliminarlo de un tiro porque Zoé no llevaba arma alguna y hubiese echado a perder su plan. Lo llevó hasta el sótano y lo arrojó en él.

Zoé Lavine y Anna Shelley dirigían al vendedor miradas radiantes. Martin observó que Cabot y Comendy terminaban de beber y que, por tanto, se le iban a acercar para asaetearlo a preguntas. Tocó con la mano el brazo de Mac Coy y dijo:

—Sargento, yo de usted me iría corriendo de aquí y conseguiría una confesión en regla de Sam Lavine.

—Puede esperar y aunque no lo hiciese es lo mismo —dio unas

palmadas en la espalda del vendedor y añadió—: Esas pruebas suyas son de hierro.

—Verá, sargento. La señora Custer no recobró la memoria sino cuando vio el cadáver de su marido… Solamente ha querido colaborar…

Mac Coy quedó en suspenso mirando a Martin y luego desvió los ojos hacia Eleanor. Ésta asintió.

—Pero está el ascensorista… ¡Este chico! —exclamó el policía, poniendo la mano en el hombro de Joe.

Audax negó con la cabeza, diciendo:

—No, sargento. Yo soy el que va a las clases nocturnas de dibujo…

—¿Usted hizo esto? —inquirió Mac Coy enseñando la hoja que reflejaba el rostro de Sam.

—Sí, eso es —Martin hizo una pausa y añadió—: ¿Qué le parece lo de la confesión?

El hombre del mondadientes soltó un bufido, giró sobre sus talones y dijo al policía que se hallaba junto al cadáver de Rodney Devoe:

—¡Usted se encargó de eso!

Después salió de estampida.

Sonó el teléfono y el agente lo cogió llamando a continuación al abogado.

Martin, las tres mujeres, el pelirrojo y el pingüino pasaron a la pequeña habitación adyacente, en donde «Vick» había esperado el momento de su intervención.

El vendedor apartó a Zoé del grupo y dijo:

—Señora Lavine, tengo cinco mil dólares suyos…

—Son de usted…

—No los puedo aceptar. Mi precio era…

Zoé lo miró, abanicando las pestañas.

—Está bien, si cree que es demasiado, devuélvame quinientos —bajó la voz y añadió—: Mañana por la noche en mi casa…

Cuando él fue a responder, *Miss* Nevada le había dado la espalda y se alejaba por el pasillo que conducía a la calle.

Cabot y Comendy salieron del despacho.

—Oiga, Audax —dijo el ayudante del fiscal—. ¿Qué fue lo que despertó sus sospechas respecto a Lavine?

—Me había cruzado la idea antes, pero no tomó forma hasta saber que Custer y Kraft habían acordado el cambio de las cartas por el testimonio. Según eso, Zoé no podía matar a ninguno de los dos… Lo demás fueron… ideas…

Los dos hombres rieron.

—¿Por qué no se deja caer mañana por mi bufete Audax? —dijo el abogado—. Quisiera que me ampliase detalles sobre el caso. Ahora me tengo que marchar. Me acaba de telefonear mi secretaria, a la que dejé aviso de donde me hallaba. ¿Qué les parece esto? ¡Dice que hay un tipo esperándome para hablarme de un gato borracho![4].

—Cuando quiera pase por la Fiscalía, Audax. El jefe celebrará oír de su propia boca el fantástico relato del pingüino asesino.

Hubo otro apretón. Comendy habló con la señora Custer y ésta se despidió cordialmente de Martin, marchando con los dos hombres del Foro y llevando consigo al pájaro.

Joe también se fue después de recibir cincuenta dólares de Audax.

Se quedaron solos Anna Shelley y el vendedor.

—¡Oh, es tardísimo!

Fue hacia el pasillo, pero él la detuvo y la cogió del brazo.

—Olvide eso. ¿Sabe una cosa?

—¿Qué?

—Que es de noche, llevo en la cartera un montón de billetes y tengo a mi lado a la criatura más bonita de Nueva York… ¡No puede desperdiciar esta oportunidad!

Anna fue a hablar y él le cerró la boca besándola.

Cuando se separaron ella dijo:

—Bueno, pero ha de prometerme una cosa.

—¿Cuál?

—Que jamás, jamás, ha de enterarse de esto mi tía Eugenia.

Y salieron a la calle riéndose.

FIN

NOTAS

[1] Película galardonada en el Festival de Cannes 1953. < <

[2] El karibu es el reno salvaje que habita en grandes manadas las tundras de la costa occidental de la Bahía de Hudson y que ha dado nombre al pueblo esquimal asentado en aquella latitud. (*Nota del editor)*. < <

[3] Thomas R. Henry que acompañó en el invierno 1946-47 a los almirantes Byrd y Cruzen al Antártico, ha hecho una magnífica descripción del «día blanco» en su obra «The White Continente». Dice así: «La Antártida es una tierra de oscuridad blanca, en donde dos hombres vestidos de blanco que caminen sobre la nieve, uno al lado de otro, se mueven en un mundo de completa albupra. El aire es blanco, blanca la tierra y blancos los cielos; blancas las nubes de nieve que les azotan la cara. De repente, uno de esos hombres se da cuenta de que el otro no va caminando a su lado. Ha desaparecido como si el aire blanco y tenue lo hubiera disuelto, pero, sin embargo, continúa hablando como si nada hubiese sucedido, como si no advirtiera que se ha convertido en un fantasma sin vida real. Este desvanecerse en los días blancos es provocado por el fenómeno físico de la reflexión múltiple. En tales momentos la acumulación de la luz aprisionada entre tierra y cielo hacen que la visión se ahogue en luz». (N. del E.). < <

[4] Personaje de la novela *¡Otro whisky para el gato*!, del mismo Keith Luger y protagonizada por Martin Audax. Vendedor de Ideas, que se publicará en esta colección. (N. del E.). <<